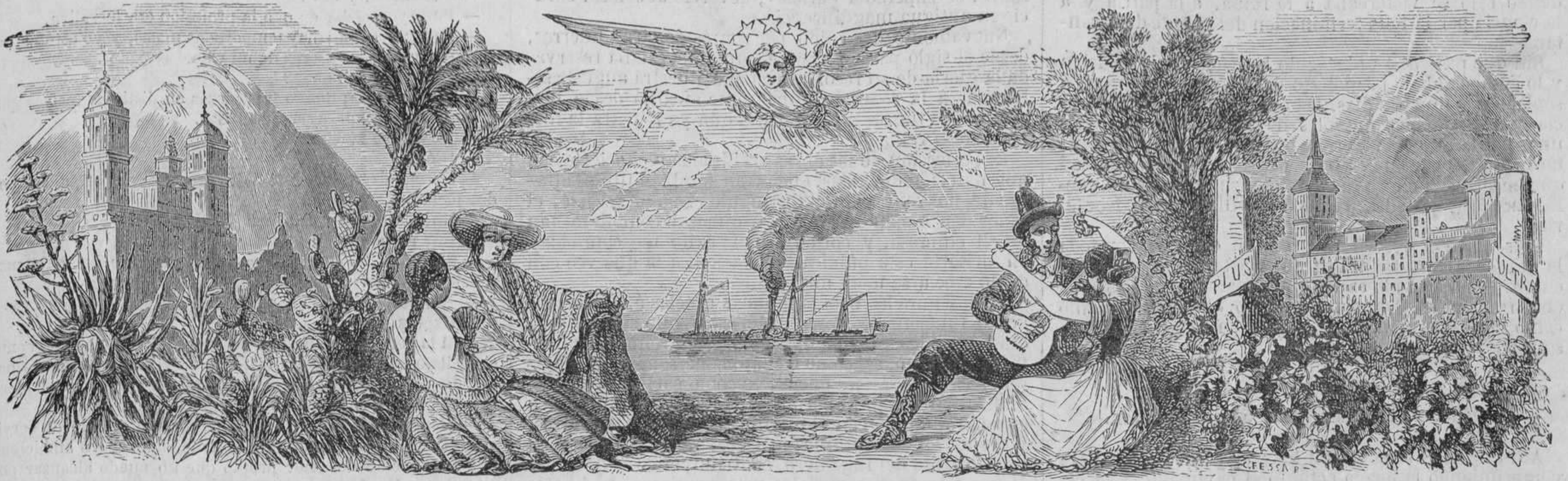


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

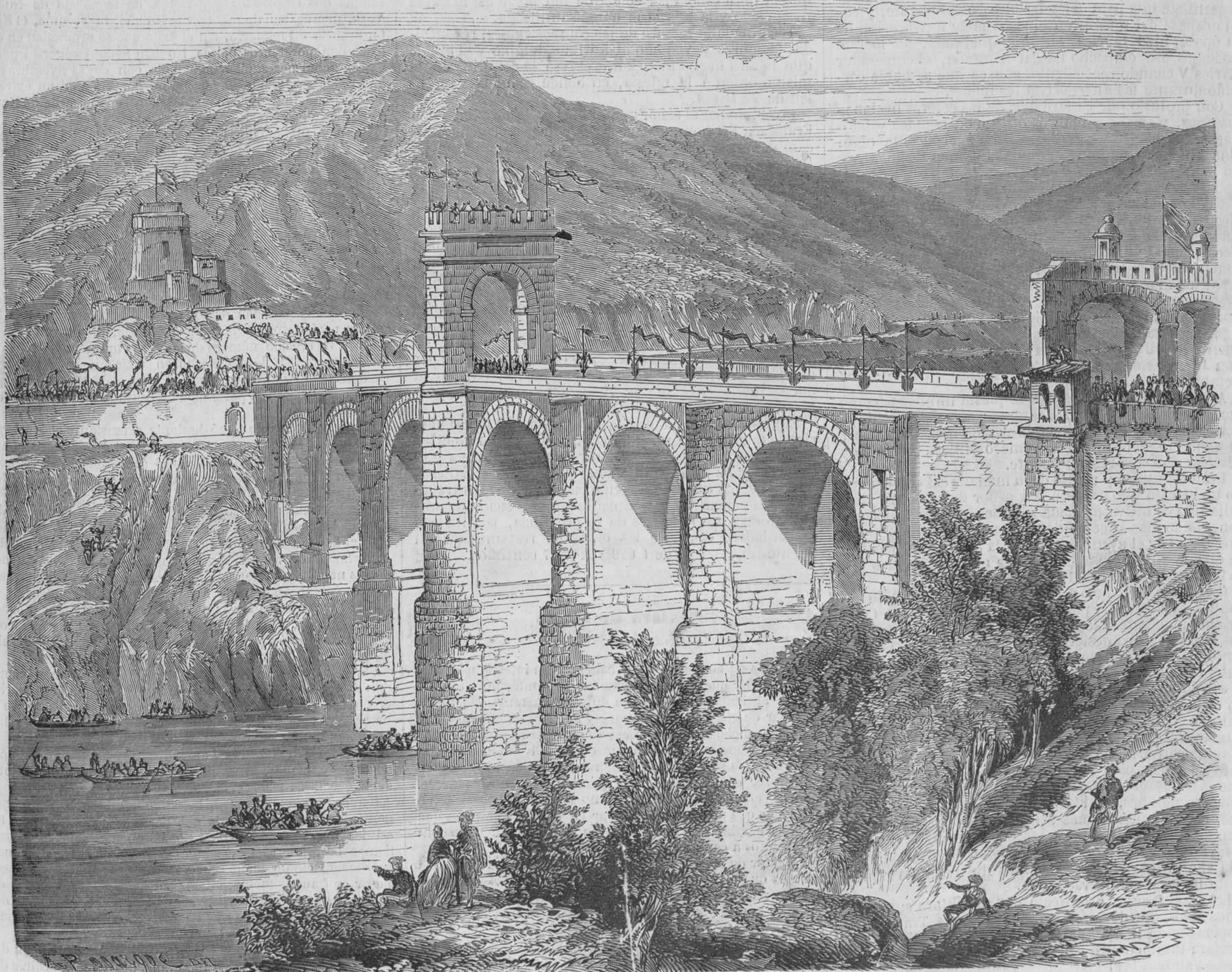
AÑO 19. — N° 376.

## SUMARIO.

Inauguracion del puente monumental de Alcántara; grabado. — Revista de Paris. — Guerra de Africa; gra-

bados. — Revista española. — Llegada á Milan del rey Victor Manuel; grabados. — Fiesta dada al emperador y la emperatriz por S. A. I. el príncipe Napolcon; grabados. — El doctor Antonio. — La vida interior en Argel; grabados. — El palacio Massingy, residencia de

S. M. la reina de Dinamarca en Niza; grabado. — En un album. — Las sombras. — De omnibus rebus. — Revista de la moda. — Los enganches suizos para el ejército del papa; grabado. — El teatro de Carrera en Guatemala; grabado.



INAUGURACION DEL PUENTE RESTAURADO DE ALCÁNTARA EN ESTREMADURA.



### Inauguración del puente monumental de Alcántara.

El día 4 de febrero, mientras el ejército de Africa alcanzaba una victoria tan completa que le posesionaba de Tetuan, en la provincia de Cáceres y sobre el caudaloso Tajo se victoreaba á la reina, á la patria y á la ciencia por la feliz terminación del puente de Alcántara.

Sin que presentara obstáculo lo crudo de la estación y lo despacible y lo molesto del fuerte viento que ha soplado por muchos días, las autoridades de la provincia y las personas notables de la capital, invitadas unas por la autoridad, otras por los vecinos de Alcántara, y otras por su deseo de asistir á una solemnidad que encarna en cierto modo la regeneración de un pueblo, acudian de todas partes á la villa y plaza fronte-riza.

Presentóse el puente con toda su esbeltez, con toda la grandeza que le dió su autor; tan completo, tan entero como cuando salió de sus manos. Allí estaba la obra romana en toda su integridad; el arco de Trajano como se presentó al día siguiente de haber escrito en su coronación:

IMP. CÆSARI DIVI. NERVÆ. F. NERVÆ.  
TRAJANO. AUG. GERM. DACICO. PONTIF. MAX.

Allí estaba el puente con todo su carácter especial; y suprimiendo la forma actual del pavimento y el escudo con las armas reales que corona la obra, seguro es que á la tibia luz de la tarde nos creeríamos transportados á una época que hace veinte siglos que pasó.

Dos magníficas esplanadas con asientos y su elegante antepecho de cadenas han sido construídas á ambos extremos de la gran fábrica y en dirección perpendicular á su eje: desde ellas se contempla con toda comodidad el puente, el río, el cauce inmenso que este corre, lo fragoso de sus laderas y la prontitud admirable con que suben y bajan las aguas que van á rendir tributo al Océano, pasando por una de las primeras ciudades de Europa. La esplanada de la izquierda contiene el templo de que hemos hecho mención, y en él está el ara que despues de muchas vicisitudes ha vuelto al lugar para que se fabricó. En la esplanada de la derecha está el principio de la difícil subida á la torre ó castillete que para defender el paso del puente, y como cabeza del mismo en el sistema de fortificación de la época, hizo fabricar en una quebrada, de lo que podemos sin empacho llamar montaña, el emperador Carlos V cuando reconstruyó el arco que se había durado durante las guerras con los moros.

Con profusión de gallardetes, de los colores nacionales unos, y azules y blancos otros, con escudos y banderas, con leones y castillos, estaba adornada la obra. Una guirnalda de laurel circuía el escudo nacional, y en lo mas alto del arco triunfal se ostentaba el asta que debía tremolar la bandera española.

El digno gobernador de la provincia, señor don Francisco Belmonte, había llegado hacia pocos momentos: acompañaban á tan celosa autoridad los condes de Adanero y de Canilleros, vicepresidente del consejo provincial el uno, individuo de la junta de agricultura el otro; los marqueses de Torreorgaz y de Camarena; el secretario del gobierno don Manuel Camacho; los señores don Juan Maria Varela, don Tomás Leandro Lanuza; el alcalde de Brozas; el diputado provincial del partido; el digno fiscal de la audiencia territorial señor don Juan Victoriano Galan, y otras muchas personas notables.

A las once de la noche una orquesta numerosa como escogida dió una brillante serenata al señor gobernador de la provincia, habiendo pasado luego á felicitar al señor ingeniero don Alejandro Millan, afortunado director de las obras del puente.

Eran las nueve y media de la mañana del día 4 cuando de la casa alojamiento del señor gobernador civil salía una comitiva formada por mas de doscientas personas de lo mas selecto que cuenta la provincia, la que presidida por el ayuntamiento y la autoridad superior, se dirigía al templo á dar gracias al Todopoderoso por la feliz terminación de tan importante obra.

Concluido este acto se dirigió el clero, seguido de numerosa comitiva, por la plaza y puerta de la Concepción al puente. Llegado á este y terminadas las plegarias que la Iglesia designa para estas ocasiones, se adelantó el señor gobernador de la provincia, y con voz entera y llena de entusiasmo dijo:

«Señores: Ninguna ó muy escasa parte me ha cabido en la realización de las obras que han vuelto á su antiguo ser á este gigantesco puente, cuya restauración estaba próxima al encargarme del gobierno que S. M. la reina se ha dignado conferirme en esta provincia; pero mi satisfacción en este momento es indecible, porque cabiéndome la fortuna de inaugurar su terminación, mi nombre, unido al recuerdo de esta solemnidad, recibe la honra mas señalada, la distinción mas cumplida.

La importancia de esta obra es de todos conocida: á ella van unidos los nombres mas ilustres; ella representa las glorias imperecederas.

Lacer, el insigne arquitecto que levantara sus atrevidos arcos, quedó en ella inmortalizado. Trajano, el emperador de Roma á quien la obra fué dedicada, lo quedara también aun cuando solo esté hecho nos recordase su nombre.

El puente de Alcántara, predestinado á durar por to-

dos los siglos, ha sido también llamado á perpetuar la memoria de los grandes reinados á quienes se debe su conservación.

Los sarracenos en el siglo XIII, oponiéndose á las armas vencedoras del cristianismo, destruyeron uno de sus arcos: tres siglos despues, el genio de un gran monarca, el emperador Carlos V, devolvió al colosal edificio su antigua magnificencia.

Nuevamente destruído por azares de otras guerras, desde el siglo pasado hasta el presente, estaba reservada la gloria de su reconstrucción á nuestra augusta soberana, á la segunda Isabel, que añadirá desde hoy este nuevo timbre á los muchos que ya registra la historia de su reinado.

La perfección de las obras verificadas y el acierto con que han sido dirigidas, encierran también títulos altamente honrosos para el distinguido ingeniero jefe, el señor don Alejandro Millan, á quien se cometiera tan difícil empresa, y por cuyo feliz éxito me complazco en dirigirle esta pública felicitación, á la que veo con gusto asociarse todos mis oyentes.

Yo doy pues las mas cumplidas gracias á este inteligente funcionario, como intérprete que soy en esta ocasión de los sentimientos de S. M. la reina y su ilustrado gobierno, así como á cuantas personas han cooperado, ya en la esfera oficial, ya como particulares, á la realización de tan importantes trabajos, sin olvidar á esos obreros que, con el auxilio de sus robustos brazos, y despreciando continuos peligros, han dado forma al pensamiento del ingeniero, contribuyendo á devolver al arte uno de sus modelos mas preciosos, y á estos pueblos un medio de comunicación que los conduzca á su prosperidad.

Reconocidas y recibidas ya estas obras por el señor inspector del distrito, declaro abierto al tránsito público, en nombre de S. M. la reina (Q. D. G.), el puente monumental de Alcántara.»

Un ¡viva la reina! repetido con entusiasmo por miles de personas y reflejado por los ecos, fué llevado en alas de los vientos. Varios vivas al gobernador y al ingeniero señor Millan fueron magníficamente acogidos por la multitud, y entonces la autoridad de la provincia recorrió la cortina que cubría el escudo de las armas de España que corona la obra.

Varias composiciones se leyeron y recitaron luego que las detonaciones de nuevos barrenos anunciaron que la obra estaba perfecta, que la ciencia así lo había reconocido y la Iglesia lo había santificado.

Terminada la lectura de las composiciones, reconocidas las obras y visitado el antiguo templo y el ara de que hemos hecho mención, regresó la comitiva en el mismo orden á la iglesia, en donde se entonó un solemne *Te Deum*.

Presidido por el señor gobernador de la provincia don Francisco Belmonte y por el señor inspector general de caminos, que ocupaban los dos sitios de preferencia, tuvo lugar por último un espléndido banquete, a que asistieron 45 convidados. La mayor fraternidad y la mas completa alegría se hallaban retratadas en todos los semblantes; y cuando el espumoso champagne empezó á chispear en las copas, el señor gobernador de la provincia brindó por la reina, en cuya historia brillará como una de las hermosas flores de su inmortal corona, entre otras mil, la ejecución de la imperecedera obra del puente de Alcántara.

El señor inspector general de caminos del distrito contestó á este brindis, al que siguieron otros muchos que por falta de espacio dejamos de insertar.

Corridas de novillos á estilo del país, dispuestas por el ayuntamiento de Alcántara, ofrecieron ocasión al día siguiente para que los aficionados de aquellos pueblos disfrutasen de esta diversion.

El gasto total de la obra ejecutada en este puente asciende á 2.009,081 rs. y 32 céntimos; pero reducidos de esta suma los gastos de la dirección facultativa y el gran valor de las muchas maderas, máquinas, útiles y herramientas que han servido para ejecutar los trabajos y se encuentran actualmente en disposición de emplearse en otros análogos de la provincia, resulta que el verdadero coste de las obras de restauración del puente ha sido solo de 1.639,732 rs. 7 céntimos.

### Revista de Paris.

Estamos en cuaresma y los bailes se han interrumpido. No es esto decir que falten reuniones; al contrario, Paris no podría abstenerse de reunirse durante cuarenta días; pero en lugar de bailes hay conciertos y se representan comedias. Ya hemos dicho repetidas veces que los parisienses se entregaban con una especie de frenesí á esta diversion de nuevo género en los salones; hoy añadiremos que no se contentan ya con ser cómicos, sino que quieren también ser autores. No hay señora de distinción que no escriba un proverbio, ó al menos que no haga representar en su casa una pieza que lleva su nombre. Sin citar personas en una cuestión tan delicada vamos á contar una anécdota.

Un autor de comedias, que á pesar de su mérito y de los triunfos que ha obtenido en varios teatros de Paris no se encuentra nadando en la opulencia, recibió á principios de este invierno la visita de una señora á quien no conocía, y que le dijo al entrar:

— Soy el ama de la casa que habita Vd.

— ¡Ah! exclamó el escritor, yo creía que mi casero era M...

— Así es; yo soy su señora.

— Sírvase Vd. sentarse, comprendo su venida de Vd...

— No, señor, se equivoca Vd. No vengo á pedir á Vd. lo que nos debe, año y medio de alquiler...

— Con efecto, lo sé muy bien, no se me olvida, y crea Vd. que tengo un sentimiento muy grande...

— Sea en hora buena; pero dejemos eso. ¿Usted compone comedias, no es verdad?

— Sí, señora; y eso explica mi atraso.

— Pues yo estaba en que la profesión era lucrativa.

— Según y cómo; hay temporadas malas, y yo estoy atravesando una de las peores de mi vida.

— ¿No hace Vd. nada?

— En el día no; tengo tres piezas en distintos teatros que esperan su turno para ser ejecutadas.

— Me alegro mucho.

— ¡Cómo!

— Sí, me alegro que esté Vd. desocupado, porque así podrá pagarme su deuda.

— No deseo otra cosa; diga Vd. cómo.

— Hay un medio.

— Sí, un medio sencillísimo... pero ya se ve, las cosas mas sencillas son á veces las mas difíciles de practicar.

— No, no le pido á Vd. dinero.

— Explíquese Vd. pues.

Aquí la señora en cuestión se encontró algo confusa como si vacilara en declarar el objeto de su visita, y comenzó hablando con reticencias que hubieron de despertar las ideas mas singulares en la mente del autor dramático.

— Vengo á pedir á Vd., dijo por fin, un cambio de servicios. Usted desea pagarme y le falta dinero; yo ambiciono una satisfacción de amor propio que no puedo alcanzar por mí misma. He formado empeño en hacer representar en mi casa una comedia que daré como escrita por mí; no ha de ser mas que un juguete de sociedad que puede tener algunos chistes, pero de buena ley, no de los que ponen Vds. para el teatro, algo sentimental, pero sobre todo alegre. Si Vd. quiere escribir esta obrita comprometiéndose á no revelar que es Vd. el autor para dejarme á mí toda la gloria, me consideraré pagada de la deuda. ¿Qué dice Vd.?

— Acepto con mil amores, tendrá Vd. lo que desea.

Efectivamente, la pieza se escribió y se representó, y la dama en cuestión alcanzó el triunfo que deseaba; pero el verdadero autor ha revelado el caso á sus amigos, y ha habido entre ellos uno tan indiscreto que ha dado á luz la anécdota. Observaremos otra vez que no se citan nombres, con lo cual esta indiscreción es hasta cierto punto perdonable.

Han estado últimamente en Paris de paso para los Estados Unidos dos empleados superiores de la policía de Nueva-York, que acaban de recorrer la España, la Turquía, el Egipto, Francia é Inglaterra, sin el éxito que se prometían en esta excursion por tantos países. No han podido coger al personaje á quien perseguían, personaje con cuyas aventuras se podría componer una novela de intriga. Hé aquí un extracto de ellas que tomamos de una larga relación escrita de Nueva York á un diario parisiense.

Un alemán llamado Enrique Law salió de Lubeck hace unos veinte años y fué á establecerse á las Indias orientales con su mujer y con sus hijos.

En poco tiempo ganó una gran fortuna y luego la perdió en especulaciones desgraciadas.

Sus hijos murieron del cólera en Calcuta, y Enrique se decidió á regresar á Europa. Con efecto, vino y se estableció en Londres, donde vivía en la mejor sociedad comercial, cuando en 1856 se le antojó visitar los Estados Unidos.

A fines del mismo año llegó á Nueva-York acompañado de su mujer y provisto de buenas cartas de recomendación. Como ambos parecían personas de buena educación y hablaban perfectamente la lengua inglesa, entablaron relaciones con un crecido número de familias americanas. El mes de diciembre de 1856 le emplearon en viajes y en estudios de costumbres anglo-sajonas; y á principios de 1857, Law alquiló un despacho en la parte baja de la ciudad y se puso á vender vinos.

Como su comercio tomó bastante extensión y el local que ocupaba era pequeño, Law se decidió á mudarse en el año siguiente, y el 1º de mayo de 1858 se estableció en un gran almacén donde un banquero americano tenía ya su despacho.

Este banquero que sostenía relaciones muy considerables con las Antillas francesas, recibía á menudo efectos de comercio del banco colonial de la Barbada. Naturalmente entabló conocimiento con Law, quien poco á poco se fué enterando de sus negocios, le negoció despues su papel á un precio ventajoso, y acabó por llegar á ser su hombre de confianza.

Efectivamente, cada vez que llegaban mandatos del banco de la Barbada, Law los tomaba, los iba á vender á cinco ó seis corredores ó agentes de cambio de Wall-street, y llevaba el valor á su amigo.

Sin embargo, muy luego se decidió á hacer operaciones por su propia cuenta, y en los primeros días de 1859 fabricó una carta de aviso que supuso escrita por una casa de la Barbada en que se le anunciaba un gran envío de letras sobre Londres.

Llevó las letras á tres banqueros que las tomaron inmediatamente, y del 7 al 27 de enero, logró recaudar un total de 15,000 libras esterlinas.

Parece ser que el papel, las viñetas y toda la parte tipográfica de las letras eran de una perfecta imitación, pero no así las firmas. Por eso Law no entregaba jamás al mismo tiempo las primeras y las segundas de cambio, temiendo que la confrontación y la diferencia de las firmas no hiciesen descubrir su fraude. Siempre tenía un pretexto, la tardanza de una carta que se había extraviado, ó la próxima llegada del vapor de la Habana que hacía diferir la entrega de las segundas de cambio.

El 28 de enero la mujer de Law salió en un vapor con dirección á Bremen. Su marido fué al muelle, y al despedirse de ella, hizo entender á los que allí estaban que la esperaba dentro de pocos meses. Sin embargo, tres días despues dejaba él



el hotel San Dionisio donde vivía, anunciando que marchaba de viaje á Filadelfia.

Un banquero sin embargo, había concebido algunas sospechas al ver en las letras los nombres de MM. Murray y Wild, que creía estaban ya fuera de la administración del banco de la Barbada; fué á informarse, y se cercioró de que estos dos señores eran completamente extraños á esa institución de crédito desde mayo del año anterior.

En seguida se presentó en casa de Law; pero su dependiente le respondió con tanta naturalidad que su principal volvería dentro de tres días de Filadelfia, que vaciló en sus conjeturas y quiso esperar.

No obstante, el 4 de febrero llegaron cartas de Londres anunciando que era falsa la primera letra negociada; al punto se esparció la noticia entre el comercio; corrieron á casa de Law y no le hallaron ni á él ni á su dependiente. Entonces se dirigieron al barrio San Nicolás donde tenía la costumbre de depositar sus fondos, pero el cajero del banco respondió que el 2 de febrero se le habían entregado 75,000 pesos que allí tenía, dando por terminada su cuenta.

La casa Von Hoffmann y compañía que perdía en esto una suma muy considerable de dinero, resolvió dar todos los pasos necesarios para descubrir á Law, y dió este encargo á tres oficiales de la policía secreta, Devoe, Smith y Sampson.

Estos informándose sobre las costumbres de Law, supieron que era un hombre de la vida mas serena y apacible, que no jugaba nunca, que jamás hacía el menor exceso, y que en todas las partes donde se había encontrado había disfrutado de una consideración perfecta.

Descubrieron al carretero que había tomado en el hotel San Dionisio el equipaje de Law, pero este equipaje fué depositado en uno de los ferries de Brooklyn, y la policía perdió su huella.

Las autoridades de Brema fueron prevenidas, y las suplicaron interceptasen las cartas que pudieran llegar dirigidas á la mujer de Law que vivía allí desde que había salido de Nueva York.

Tres meses se pasaron así en investigaciones infructuosas. A principios de mayo, Smith examinando la lista de los pasajeros del Asia para Liverpool, vió el nombre de Leontina Bruner, y dirigiéndose á bordo del buque, hizo á esa mujer algunas preguntas á las cuales respondió ella algo cortada.

Leontina Bruner marchaba á Brema.

Smith escribió entonces á Brema para dar parte de sus sospechas, y la policía prendió á Leontina Bruner, quien declaró que su verdadero apellido era Bierman, que su padre vivía en Nueva-York, que ella conocía á la mujer de Law, pero que nada sabía acerca de su marido.

La policía de Nueva-York tardó cuatro días en descubrir á Bierman; pero al cabo le encontró en la aldea de Yorkville, y despues de haberle vigilado por espacio de quince días se decidió á prenderle.

En el primer momento Bierman negó toda clase de relaciones con Law, pero al cabo confesó que su hija y él le habían acompañado á Brooklyn el día que había salido del hotel San Dionisio, y que había salido para España á bordo de un schooner llamado *Kings-Fisher*, comprado por cuenta y con el dinero de Law por un tal Ploettner.

Buscaron á este sugeto y le prendieron tambien; y una carta que le encontraron firmada por Law, suministró la prueba de que en efecto Ploettner y Bierman eran sus cómplices, y que había gastado 10,000 pesos en adquirir el buque en cuestión, y en pagar el silencio de ellos acerca de este asunto.

Ploettner y Bierman no pudiendo dar la fianza que pedía el juez por su libertad provisional, fianza que se fijó en 30,000 pesos, fueron encerrados en la cárcel por deudas.

Dos meses hacia ya que estaban presos cuando el schooner *Kings-Fisher* llegó de Málaga con un cargamento de vino. El agente de policía Devoe se disfrazó y pasó á bordo; supuso que quería tomar pasaje para la España, y supo granjearse de tal modo la confianza del capitán y de los marineros, que se hizo contar la historia de la marcha de Law.

Al otro día fué preso el capitán de este buque, Petrus, y el buque quedó embargado á solicitud de la casa Von Hoffmann. Petrus supone que el buque le pertenece legítimamente, puesto que Law se le dió; la justicia no ha fallado aun sobre este punto.

En cuanto á Ploettner y Bierman, concluyeron por obtener su libertad en atención á que Law había desembarcado en España, país con el que los Estados Unidos no tienen tratado de extradición recíproca, y habría sido absurdo actuar contra los cómplices cuando el acusado principal está fuera del alcance de la ley.

Sin embargo, dos agentes de policía salieron para España y supieron en Málaga que Law había marchado á Madrid. Así caminaron en pos del delincuente y visitaron Liorna, Malta, Esmirna, Constantinopla y Alejandría, donde perdieron sus huellas. En desesperación de causa recorrieron tambien varias ciudades de Francia y de Inglaterra, sin poder hallar ni señales de Law, que viaja sin duda entre tanto con toda libertad.

La casa Von Hoffmann no quiere hacer ya mas gastos inútiles, y esperará á que Law se enrede en uno de esos lazos en que siempre llegan á caer los estafadores de su calaña. Law es un hombre de unos cincuenta años, alto, de mirada penetrante y de modales distinguidos; habla fácilmente el francés, el inglés, el alemán, el español y las lenguas orientales. — Es como un deber periodístico el señalar al tal individuo á la atención del mundo.

MARJANO URRABIETA.

### Guerra de Africa.

PRESENTACION Á S. M. LA REINA ISABEL DE LOS TROFEOS DE LA GUERRA DE MARRUECOS. — LA BATALLA DE TETUAN. — CRONOLOGÍA DE LOS SUCESOS DE ÁFRICA DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA HASTA LA TOMA DE TETUAN.

Ayer á las dos de la tarde, escriben de Madrid con

fecha 13 de febrero, se condujeron, desde el ministerio de la Guerra, donde estaban depositados, los gloriosos trofeos ganados por nuestras tropas al enemigo en la batalla del 4. Una inmensa muchedumbre circulaba por la carrera, cuyos balcones estaban todos cubiertos por colgaduras en las que dominaban los colores nacionales.

Rompian la marcha los batidores del regimiento cocareros de la Reina, seguidos de un escuadron de husares de Pavia y otro de aquel cuerpo; despues venian varias compañías interpoladas de marina, Galicia, ingenieros, artillería, cazadores y guardia civil, precedidas de sus respectivas músicas que hacian resonar la marcha compuesta para el ejército de Africa. A continuación seguian los ocho cañones cogidos al enemigo y la tienda de Muley-Ahmet, colocada sobre un armon de artillería, y á sus costados las dos banderas, una azul y otra amarilla, pertenecientes tambien al ejército marroquí; luego en un coche las banderas que legó á la Universidad su inmortal fundador Jimenez de Cisneros, procedentes de la conquista de Oran, y conducidas por varios eclesiásticos representando la facultad de teología, cerrando la marcha con bandas de música mas de cuatro mil estudiantes precedidos de innumerables banderas, entre las que descollaba un precioso estandarte de terciopelo carmesí bordado de oro, que llevaba la facultad de Derecho.

Los estudiantes correspondian á la facultad de farmacia, escuela de agricultura, escuela de caminos, escuela normal, academia de nobles artes, conservatorio de música, escuela diplomática, ciencias, instituto del noviciado, medicina, escuela de minas, derecho, instituto industrial, filosofía y letras, escuela de veterinaria, San Isidro, arquitectura y teología.

La tarde estuvo muy fria; mas á pesar de la crudeza del tiempo, la afluencia de las gentes en las calles fué inmensa.

La reina presenció desde el balcon de palacio el desfile del magnífico cortejo.

Hé aquí ahora el parte detallado de la batalla de Tetuan para explicación del plano que acompaña:

Ejército de Africa. — Estado mayor general. — Excelente señor: Desembarcada una porción de víveres para poder hacer frente á la subsistencia del ejército en algunos días, y puesto en tierra y montado el tren de sitio, causas que me tenían detenido en la desembocadura del rio Martin, pensé en tomar la ofensiva sobre Tetuan, batiendo primero al enemigo, que se hallaba colocado sobre mi frente y flanco derecho.

La larga y forzada detención del ejército en la costa había dado tiempo al enemigo para que reuniese gran número de fuerza, que veíamos aumentar de día en día, y en uno de ellos las salvas de la artillería de la plaza y de los campos nos anunció el arribo de Muley-Ahmet, hermano del emperador, con crecido número de moros, entre los que contaba parte de la guardia negra, lo que supimos por algunos prisioneros hechos en el combate del 31, quienes me manifestaron que llegarían de 40 á 50,000 hombres; pero que aunque no fuese este número, no bajaría de 35,000.

Tambien veíamos trabajar sin descanso en sus campos, lo que nos hacia conocer los estaban fortificando; y por último, el fuego de cañon que nos dirigieron en algunos reconocimientos nos hizo ver que los habían artillado, y aunque conocia que esto aumentaba las dificultades de la operacion, sabia que contaba con elementos bastantes para vencerlas.

El día 2, despues de haber oido misa el ejército, subí con los generales á la torre de la Aduana, y allí les expliqué mi pensamiento, que debía tener efecto el día 4: les mostré el campamento de Muley-Abbas, colocado sobre el monte Geleli y las alturas inmediatas por nuestro flanco derecho: el de Muley-Ahmet á nuestro frente en una pendiente suave al principio de las huertas de Tetuan: marqué la parte que cada uno debía tomar en el combate y el orden en que debían marchar.

Era este del modo siguiente: el segundo cuerpo á las órdenes del general conde de Reus, á la derecha, llevando dos brigadas por batallones en escalones y á retaguardia las otras dos en columnas cerradas, teniendo en su centro dos baterías del segundo regimiento montado y dos baterías de montaña del primero y quinto regimiento.

El tercer cuerpo, á las órdenes del general Ros, á la izquierda en la misma forma, llevando en su centro los tres escuadrones del regimiento de artillería de á caballo, y en el centro de ambos el regimiento de artillería de reserva, precedido de los ingenieros, y detrás la caballería en dos líneas. El cuerpo de reserva, con una batería del segundo regimiento montado y otra de montaña del quinto regimiento, mandado por el general Rios, debía avanzar por mi derecha, y apoyándose en el fuerte de la Estrella amenazar constantemente el campamento de Muley-Abbas para mantenerlo en jaque, y obrar, segun este lo hiciese, sin comprometer el combate, á menos que el enemigo viniese sobre él.

Hechas estas prevenciones y satisfecho de haber sido bien comprendido por los generales, esperé tranquilo el momento de la ejecución. Llegó el amanecer del 4 con un frio glacial; el pequeño Atlas cubierto de nieve y blancos sus estribos hasta nuestra aproximación, el tiempo muy revuelto y una pequeña llovizna en nuestro campo, lo que me hizo suspender el movimiento, porque no creía prudente empezar la operacion bajo un temporal si se pronunciaba.

Eran las ocho y media cuando empezó el tiempo á serenarse, el sol apareció y fueron disipándose las espesas nubes que nos cubrían. Entonces hice la señal de

partir, y las tropas empezaron su movimiento atravesando el rio Alcántara, que estaba á nuestro frente, por cuatro puentes que había mandado echar la noche anterior, y que hizo con actividad é inteligencia el cuerpo de ingenieros.

Bien pronto el ejército quedó formado en la inmensa llanura que teníamos al frente, y el enemigo vió por primera vez desplegado el ejército español, que hasta entonces solo había visto y combatido parcialmente.

Organizado todo en la forma que dejo manifestado, di la señal de emprender la marcha, y al mismo tiempo la rompió todo el ejército en el mas perfecto orden y mas completo silencio, sin que los pantanos y lagunas que algunos batallones encontraban á su frente los detuviese un momento ni se notase la mas leve oscilación, pues que las columnas los atravesaban como si fuese el terreno mas firme y seguro.

Apenas habíamos andado unos 1,000 metros cuando el enemigo rompió un vivo fuego de cañon sobre nosotros desde su campamento del frente, que muy luego fué seguido por el de la torre de Geleli, pero sin contestar y sin detenernos avanzamos hasta colocarnos á unos 1,700 metros de las baterías contrarias, y haciendo entonces avanzar la artillería de reserva, rompió el fuego sobre ellos con gran viveza y acierto.

Corto fué este período, pues conociendo que era necesario aproximarnos mas para que la artillería produjese efecto y para que entrasen en acción las piezas rayadas de á cuatro, dispuse que el tercer regimiento de reserva avanzase haciendo fuego por baterías, ganando terreno, mientras que hacia salir el regimiento de á caballo sobre nuestro flanco izquierdo para hostilizar con sus fuegos el derecho del enemigo.

Mi orden fué cumplida admirablemente; la artillería salió al galope, y bien pronto el fuego de ambos regimientos pesaba sobre el campo contrario, de modo que aunque continuaba el suyo, lo hacia con mucha mas lentitud. Entonces mandé avanzar en la misma forma los dos regimientos de artillería, seguidos y sostenidos por los cuerpos de ejército, é hice adelantar tambien sobre nuestra derecha las dos baterías del segundo regimiento montado, para que la una cañonease la extrema izquierda del campamento bajo, mientras que la otra dirigia sus fuegos sobre una parte de las fuerzas de infantería y caballería que bajaban del campamento alto, y coloqué la brigada de lanceros para que observase la numerosa del enemigo, que habiendo descendido sobre el cuerpo de reserva que quedaba sobre el fuerte de la Estrella, podían venir y amenazar mi retaguardia.

En esta disposición hice avanzar de nuevo todo el ejército. La artillería ganaba terreno por el frente y los dos flancos protegida por las guerrillas y apoyada por los dos cuerpos de ejército, llegando á unos 600 metros de las fortificaciones enemigas que seguían haciéndonos fuego con la artillería; pero sin que ni por una ni otra parte se hubiera disparado un solo tiro de fusil.

Alguna fuerza de infantería y caballería se presentó entonces sobre nuestro extremo izquierdo, pero retrocedió al fuego de nuestras guerrillas, sostenidas por dos batallones que hizo avanzar el general Makenna, á quien había mandado á este costado, y que rechazó sobre la plaza, interponiéndose entre ella y el campo, protegida por la brigada de lanceros que hice pasar á este costado con el general Galiano.

En los movimientos el regimiento de á caballo y el tercer cuerpo habían ganado sucesivamente terreno, de modo que estaban próximos á tomar al enemigo completamente por el flanco, rebasando el extremo de su trinchera: un nuevo movimiento para envolverlo fué mi pensamiento, y este se ejecutó del modo mas completo, colocándose toda nuestra línea á unos 400 metros del enemigo.

A esta distancia 40 piezas rompieron un fuego vivísimo: muchas granadas estaban á la vez en el aire, y muchas reventaban en el campo contrario, causando estragos y aun incendiando algunos barriles de pólvora y tiendas, pero sin lograr inutilizar la artillería enemiga que seguía disparando sobre nosotros, pues que lo robusto y bien entendido de los parapetos y trincheras hacian imposible el desmontar las piezas, no entrando las balás por las troneras ó reventando precisamente alguna granada sobre sus cureñas, pero teniendo la suerte de que hasta entonces no nos hubieran causado una gran baja.

Imponente era ver dos ejércitos numerosos á tan corta distancia: el enemigo cubierto completamente con sus obras de defensa, y el nuestro á pecho descubierto, pues que en este campo no se encuentra ni aun un pequeño arbusto, pero que su actitud firme, tranquila y en la precisión con que mis órdenes se cumplieron por los generales, me daban la seguridad de que la indecisión de la lucha no sería duradera.

Efectivamente, el momento había llegado: el general conde de Reus con el segundo cuerpo se hallaba al frente de las trincheras, y el general Ros con el tercero había llegado al extremo derecho de ellas. Entonces di la orden de atacar todas las posiciones enemigas de un modo resuelto y decisivo. Mi prevención fué cumplida con toda la prontitud y bizarría que debía esperar de unas tropas que tantas pruebas me habían dado en repetidas ocasiones de que nada podía contenerlas.

El general conde de Reus, al frente de sus primeros batallones, se lanzó á la trinchera: eran estos el de cazadores de Alba de Tormes, los voluntarios de Cataluña, el primer batallon de la Princesa, el primero de León y los dos de Córdoba, que por el orden de esca-



nes en que venian, les tocó la suerte de hallarse mas próximos. Por la izquierda el primero de la Albuera embistió al extremo de la trinchera envolviéndola, los generales García y Turon con el batallón de Ciudad-Rodrigo, el segundo de la Albuera, el de Zamora y el primero de Asturias, y siguiendo á retaguardia de ellos todos los demás de ambos cuerpos.

Este momento, aunque corto, fué terrible: el enemigo, que hasta entonces se habia mantenido oculto detrás de los parapetos, rompió el fuego de espingarda, convirtiéndolos en un volcan, pero sin que el fuego de metralla de su artillería, el cañon que nos dirigia la plaza, ni una profunda y cenagosa laguna que se hallaba á nuestro frente pudiesen contener á nuestros batallones un solo instante. Bien pronto nuestros soldados saltaron la trinchera; el conde de Reus, dando el ejemplo, penetró por la ronera de uno de sus cañones, y los batallones de la izquierda se colocaron á retaguardia de los que todavía se empeñaban en disputarnos la victoria con una obstinacion como no habian mostrado hasta entonces, pero que ya era imposible prolongar: treinta y cinco minutos habian mediado solo desde el momento de dar la órden de acometer, hasta que la bandera española ondeaba ya en el alto de sus fortificaciones; artillería, municiones, tiendas y bagajes, todo estaba en nuestro poder, y el enemigo, corriendo en tropel en todas direcciones, trepaba las escabrosas vertientes de la Sierra Bermeja para salvarse de la inmediata persecucion de nuestros soldados.

Quedaba todavía una parte de la fuerza enemiga en la torre de Geleli y en las alturas inmediatas: el arrojarlo de sus posiciones lo encomendé al general O'Donnell con la segunda division del segundo cuerpo que manda, lo que efectuó con una decision y prontitud admirables, quedando terminada la batalla y nosotros campados en el mismo sitio y en las mismas tiendas que media hora antes ocupaban los hermanos del emperador de Marruecos con un ejército quizás el mas numeroso que jamás ha tenido reunido.

El cuerpo de reserva, con sus maniobras y actitud firme y dispuesta, contuvo una parte crecida de las fuerzas del campamento alto, inutilizándolo para el combate, entre la que se hallaba una que no bajaria de 3,000 á 4,000 caballos.

Los efectos tomados en el campo son dos banderas, ocho cañones montados y aun algunos cargados, muchas municiones de todas clases, sobre 800 tiendas de campaña, muchos camellos y cuantos efectos tenian, pues que nada les fué posible retirar.

Nuestra pérdida tenida únicamente en la media hora que he mencionado consiste en diez oficiales y cincuenta y siete individuos de tropa muertos; tres jefes, cincuenta y dos oficiales y setecientos siete individuos de tropa heridos, y siete jefes, trece oficiales y doscientos cincuenta y nueve individuos de tropa contusos, segun expresa el adjunto estado.

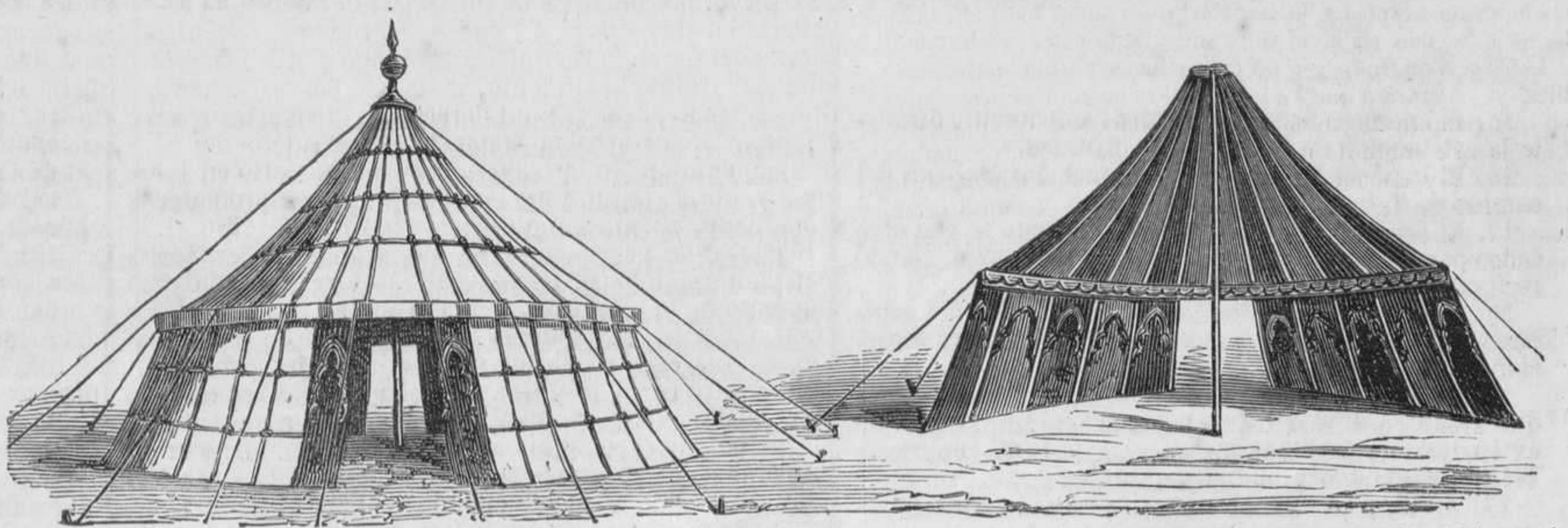
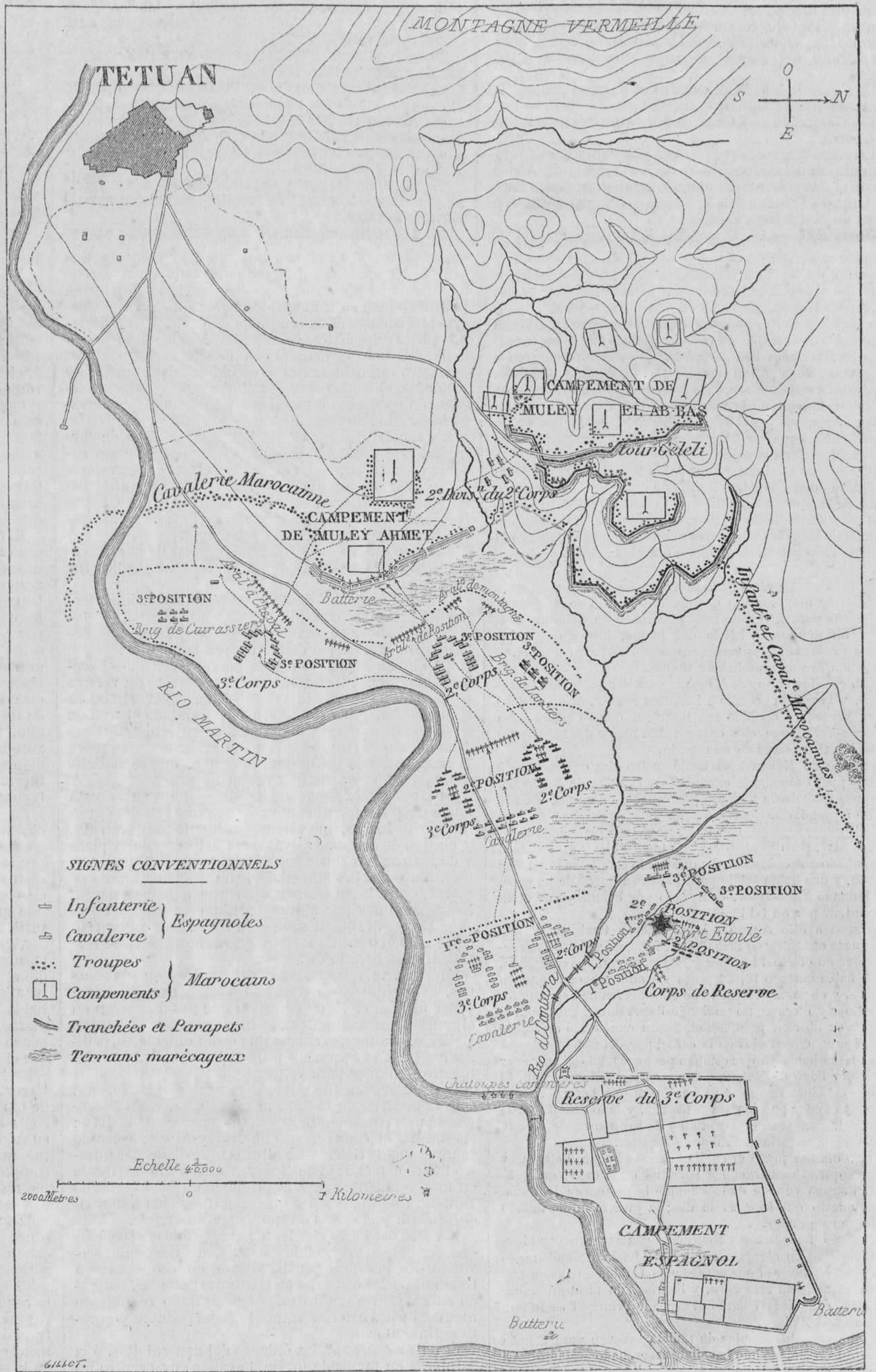
La del enemigo ha sido inmensa: el campo estaba cubierto de cadáveres, habiendo retirado infinito número de heridos, tanto en la direccion de Tetuan, como en los montes vecinos.

Para la verdadera inteligencia de este memorable hecho de armas, destinado á tener una grande influencia en esta guerra, le remito á V. E. el plano del terreno con los accidentes de la batalla.

Difícil me sería citar los nombres de los que han combatido haciéndose dignos de mencion especial, y por lo mismo me limito á manifestar á V. E. para que se sirva elevarlo á S. M. que los generales, jefes, oficiales y tropa se han hecho dignos de su real consideracion; que los primeros han dirigido con inteligencia y decision sus fuerzas, y estas han ejecutado las operaciones con un valor que los hace acreedores á la admiracion de la patria.

Las lanchas cañoneras de nuestra armada, deseosas de tomar participacion en el combate, habian remontado hasta donde les fué posible el rio Martin, rompiendo el fuego de sus piezas al mismo tiempo que el de la artillería del ejército, y continuándolo hasta que la situacion avanzada de este los forzó á suspenderlo; pero saltando entonces en tierra los oficiales, vinieron á suplicarme les permitiera marchar con sus tripulaciones hácia el enemigo en union con nuestras guerrillas: no pude acceder á su honrosa demanda, y habiéndoles manifestado que sus servicios me podian ser todavía muy útiles, cubriendo en caso necesario con sus fuegos el flanco izquierdo y ambas orillas del rio, regresaron á sus cañoneras.

Mi ayudante de campo, el coronel gradua-



PLANO DE LA BATALLA DE TETUAN. - VISTAS EXTERIOR É INTERIOR DE LA TIENDA DE MULEY-AHMET TOMADA POR LAS TROPAS DE LA REINA,



do don Antonio Rizo, entregará á V. E. este parte, y al mismo tiempo las dos banderas, la tienda de Muley-Ahmet y los ocho cañones cogidos en la batalla que el ejército de Africa ofrece á los piés de su reina, como un tributo del respeto y amor que profesa á sus reyes.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento de Tetuan 8 de febrero de 1860. — Leopoldo O'Donnell. — Excmo. señor ministro interino de la Guerra.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la siguiente noticia cronológica de los sucesos de Africa, desde el desembarco del ejército español en Ceuta hasta la toma de Tetuan. Son 34 fechas que forman una epopeya de gloria para España:

NOVIEMBRE. — 19. El general del primer cuerpo de

ejército con el de su mando desembarca en Ceuta y reconoce las alturas que la circuyen. — Ligeró tiroteo entre los moros y las guerrillas avanzadas de los batallones de la vanguardia.

20. Comienza el atrincheramiento en el Serrallo y las alturas cercanas á Ceuta.

21. El general Echagüe, en un reconocimiento sobre el camino de Tetuan, encuentra 700 bombas.

22. Atacan los moros un reduto en construccion, y son rechazados valerosamente por nuestras tropas, ocasionándoles mucha pérdida. La de los españoles es de 7 muertos y 39 heridos.

23. Segundo ataque y segunda derrota de los moros en el reduto. Mueren 3 de nuestros soldados y quedan algunos heridos.

25. Los moros en número muy considerable preten-

den apoderarse del reduto. — Heroica defensa del regimiento de Borbon. — Derrota de los moros obtenida por el general Echagüe al frente de dos batallones de cazadores. — Queda levemente herido. — Nuestras pérdidas ascienden á 80 muertos y 400 heridos: las de los moros son muchísimo mayores.

26. Pasa á Africa el general en jefe del ejército con el segundo y cuarto cuerpo.

30. Los moros atacan el reduto de la derecha. — La division Gasset los rechaza causándoles grandes pérdidas. — El combate termina al anochecer.

DICIEMBRE. — 9. Los moros atacan el campamento español, siendo rechazados.

11. Desembarca en Ceuta el tercer cuerpo expedicionario.

12. Nuevo ataque de los moros.



PRESENTACION Á S. M. LA REINA DE ESPAÑA DE LOS TROFEOS DE LA GUERRA DE MARRUECOS.

15. El enemigo acomete nuestro campamento durante la celebracion de una misa de difuntos.

16. El general Prim sale á proteger los trabajos del camino de Tetuan, sin ser molestado.

17. El centro y derecha del general Prim se ven atacados por la infantería y caballería del enemigo, siendo rechazados victoriosamente unos y otros.

20. Los moros atacan la derecha é izquierda del campamento del Serrallo, siendo batidos en ambas direcciones.

22. El enemigo acomete á la division del general Prim, que sale á continuar los trabajos del camino, haciendo extensivo el ataque á la division Quesada. El camino de Tetuan queda concluido hasta Castillejos.

25. Al toque de diana los moros atacan el campamento del general Ros, siendo rechazados.

29. Nuestra escuadra bombardea los fuertes que se hallan en la embocadura del rio de Tetuan.

30. El enemigo, á las tres y media de la tarde, ataca las grandes guardias del general Ros, siendo rechazado con pérdidas considerables.

ENERO. — 4. El general en jefe acampa en los Castillejos á pesar de la resistencia del enemigo. — La division Prim avanza mas de lo prevenido. — Los húsares dan brillantes cargas, tomando una bandera á la caballería enemiga.

4. El ejército acampa en las alturas de la Condesa, sobre el valle que precede al monte Negron.

6. El ejército se halla en las lagunas á las diez de la mañana y acampa por la noche sobre el monte Negron.

9. Las tropas se encuentran sobre el rio Capitanes.

10. Ataque de los moros á nuestros puestos avanzados. — Dos cargas á la bayoneta y el fuego de 22 piezas de artillería ponen al enemigo en precipitada fuga.

11. Otro ataque por la tarde, el fuego concluye á la puesta del sol.

12. Nuevo ataque de los moros, que fueron rechazados, abandonando sus posiciones.

14. Se toman las posiciones de Cabo Negro, logrando una completa victoria.

16. Desembarca la division Rios y se posesiona del fuerte de la embocadura del rio Martin.

17. Nuestro campamento se establece sobre el rio Guad-el-Jelú ó Martin. — Se presenta batalla al enemigo en llano, pero huye apenas rompe el fuego de nuestra artillería. — Nuestro campo se extiende desde la Aduana hasta la orilla del mar apoyándose en el rio;



23. El enemigo trata de envolver nuestras posiciones, y es batido completamente en todas direcciones, cogiéndole una bandera.

31. Nuevo combate y nueva victoria. — Nuestro ejército ataca á los moros, tomando las alturas de Sierra Bermeja.

FEBRERO. — 3. Se provisiona el ejército para marchar sobre Tetuan.

4. Batalla y completa victoria. — Nuestro ejército se apodera de los cinco campamentos enemigos con sus 800 tiendas de campaña, ocho piezas de artillería, camellos y efectos de guerra.

6. La bandera española tremola en Tetuan. — La division Rios ha tomado posesion de la plaza y castillos.

### Revista Española.

Profecía del Tajo. — Glorias de febrero. — España celebrando la toma de Tetuan. — Poesías con este motivo. — Canciones morunos. — Comedias de actualidad. — Un drama del señor Hartzenbusch. — Carnaval. — Bailes. — Virtudes sociales.

#### PROFECIA DEL TAJO.

Junto á las mismas riberas  
Do, entre caricias impuras,  
Oyó Rodrigo presagios  
Que triste muerte le anuncian,

Sacó el Tajo su cabeza  
Risteña á un tiempo y augusta,  
Hilos de plata escurriendo  
Entre guedejas de espuma.

« España, gritó, llegaron  
Nuevos siglos de ventura,  
Laurel la victoria aprresta  
Siempre que la espada empuña.

Una Isabel á sus pueblos  
Libró de torpe coyunda,  
En el Africa lanzando  
A las musulmicas turbas.

Ya nuevas huestes hispanas  
Cubren sus tierras incultas,  
Y del mar nuevos bajeles  
Las salobres ondas surcan.

Si; que al Africa llevando  
La victoria con la lucha,  
Lauros de Isabel primera  
Renueva Isabel segunda.

Esé sol, que tras los montes  
Con régia pompa se oculta,  
El pabellon de mi patria  
Con oro y fuego figura.

En Tetuan tremolando,  
Por publicar su fortuna  
Del asta que le sujeta  
Soltarse ufano procura.

Iris de gloria en el cielo.  
A la Europa entera anuncia  
Que España reposa á veces,  
Pero que no muere nunca —

En el azul horizonte  
Serena brilla la luna  
Pero de pronto sus luces  
Entre sombras se sepultan.

¡Un eclipse! ¡nombre vano!  
Es que se escondé confusa,  
Al ver huir aterrada  
De sus sectiaces la chusma. »

Calló el rio: de victoria  
Gozosos himnos se escuchan,  
Y á Dios un pueblo de hermanos  
Fervientes gracias tributa.

Febrero ha sido un mes de gloria para España; la toma de Tetuan renovando los laureles alcanzados en otros siglos, ha llenado del más patriótico entusiasmo á todos los pueblos de la península. En todos ellos, al saberse la fausta nueva comunicada por el telégrafo al amanecer del día 7, lanzábanse los vecinos á las calles; y músicas, cohetes é improvisados adornos en balcones y ventanas anunciaban la común alegría. Un sol de primavera contribuyó mas y mas á extender en la corte la animacion y el bullicio, viéndose por todas partes inmensa multitud, que apenas podian atravesar las comparsas que con banderas y músicas acudían á la plaza de Palacio á felicitar á los reyes, y luego á las casas de los generales que acaudillan nuestro ejército.

Aquella noche y las siguientes Madrid parecia un ascua: bien puede sin exageracion decirse que no habia un solo balcon sin luz. Los edificios públicos y las casas pertenecientes á compañías mercantiles y á sociedades literarias ostentaban caprichosos dibujos, ya de

gas, ya de pintados vasillos de cristales. Las banderas con los colores nacionales desplegadas al aire tampoco tenian cuento, y tal vez mezcladas con ellas ondeaban algunas extranjeras puestas en señal de regocijo por comerciantes nacidos en extrañas tierras, que se asociaban gustosos á la celebracion de los triunfos españoles.

El 8 salieron los reyes con toda la real familia y el aparato de costumbre á dar gracias al Altísimo en la iglesia de Atocha. Tendiéronse las tropas por la carrera; llenóse esta de gente, y entusiastas *vivas* saludaron por todas partes á los reyes. No describiré la comitiva y el lujo de coches y caballos, por ser en todo igual á la del mes anterior, cuando la presentacion en el mismo templo de la recién nacida infanta Doña María de la Concepcion.

La reina vestia un rico traje blanco y oro, y el manto real encarnado, y el rey el uniforme de capitán general.

Al estribo derecho del coche de SS. MM. iban el marqués del Duero y el general Hoyos; á izquierdo el gobernador militar, y detrás los directores de las armas residentes en Madrid y otros generales.

La iglesia de Atocha estaba preparada de este modo para el *Te Deum*:

A la derecha del altar mayor tomaron asiento Sus Majestades, con los cuatro reyes de armas al rededor del trono. Seguian los sitiales ocupados por la familia real; á continuacion los jefes de Palacio; despues el banco cubierto para los grandes de España, y detrás el de los gentiles-hombres de casa y boca.

A la izquierda del altar mayor, y enfrente del trono, estaban los ministros, y en un banco, detrás de estos, los mayordomos de semana. A continuacion los capellanes de honor y grandes de España.

Al rededor, y por ambos lados del espacio ocupado por la régia comitiva, se levantaban catorce tribunas, ocupadas por el orden siguiente: la primera por el consejo diplomático extranjero; segunda, por las damas de S. M.; tercera, por los señores ministros; cuarta, por los grandes, capitanes generales, individuos del extinguido Consejo real y los que han sido embajadores; quinta, por las comisiones de los cuerpos legisladores; sexta, por los caballeros del Toison de Oro; séptima, por el Consejo de Estado y tribunales supremos; octava, por la servidumbre de SS. MM. y AA. RR.; novena, por el gobernador civil, corregidor y ayuntamiento; décima, por los generales, capitán general y directores de todas armas; undécima, por el tribunal de la Rota; duodécima, por la asamblea de las órdenes y cuerpo colegiado de la nobleza; decimatercera, por los gentiles-hombres de cámara y del interior; decimacuarta y última, por el intendente de Palacio y jefes locales.

Aquel dia lo mismo que el anterior, los alumnos de la Universidad paseaban en un coche abierto tres banderas ganadas en Orán por el cardenal Cisneros, que se conservan como recuerdo de tan inmortal hombre de Estado en la biblioteca de aquella escuela.

Y ya que de la Universidad de Madrid se habla, justo es apuntar aquí la solemne misa y *Te Deum* con que ha celebrado tambien la toma de la morisca ciudad. La iglesia de San Isidro adornada con banderolas y escudos de armas de las provincias presentaba en aquel acto un imponente aspecto. Oficiaba el cardenal arzobispo de Toledo, desde la cátedra del Espíritu Santo alzaba su voz el decano de la facultad de teología, en traje de doctor, y un numeroso claustró, luciendo los variados matices de las insignias doctorales poblaba los bancos del centro, mientras escogida concurrencia ocupaba lo restante del templo.

Llena por todas partes nuestra patria de gloriosos recuerdos de no interrumpidas victorias sobre las huestes mahometanas, natural era que en esta solemne ocasion se hiciera oportuno alarde de ellas. Así es, que mientras en Madrid paseaban por las calles los estandartes traídos por el cardenal Cisneros, en Granada se enarbólabá el pendon del conde de Tendilla sobre la misma torre de la Alhambra que le sostuvo cuando los Reyes Católicos lanzaron de su trono á Boabdil, y en Sevilla se sacaba en solemne procesion la espada de san Fernando.

Cuando todas las clases de la sociedad hacian alarde de su amor patrio, ¿cómo habian de permanecer impasibles los poetas? Pocos de los que pulsan la lira han dejado de dar á luz las inspiraciones dictadas en aquellos momentos por su ingenio; y si no todas son de primer orden en mérito literario, tienen generalmente por lo menos el de la espontaneidad.

El marqués de Molins, cuya casa es el punto de fraternal y amena reunion de la mayor parte de los hombres de letras, tuvo el buen pensamiento de citarlos para la misma noche del 7 á celebrar juntos la entrada del ejército en Tetuan. Personas de diversas opiniones políticas aplaudian allí en alegre union los sonetos que se improvisaron con piés forzados, el precioso romance del amo de la casa y unas décimas del señor Hartzenbusch.

Dice así el señor marqués de Molins en su citado romance:

Del Guad-el-Jelú en la orilla  
Ruge el hispano leon:  
¿Dónde están los que dudaban  
De su fuerza y su valor?

Ya en los altos alminares  
De Tetuan brilla el pendon,  
Que en la torre de la Alhambra  
Hace siglos tremoló.

Mal haya quien no salude  
Su fulgente tornasol:  
Quien pregunte cuya ha sido  
La diestra que lo clavó.

¡Sus! que va en vuestra bandera  
De vuestra reina el amor,  
El nombre de vuestros padres,  
Del cielo la bendicion.

Venced, y decid á Europa  
Que aun vive el pueblo español;  
Que por su ley y su patria  
Por su reina y por su Dios,

Aun guarda puro en su pecho  
El brioso corazon  
Cuyo potente latido  
En dos mundos se sintió.

Las décimas del señor Hartzenbusch son notables por su facilidad. De buena gana las copiaria aquí todas. Pero copiaré una para muestra.

¿No dicen los corifeos  
De una calumnia insolente  
Que el Africa propiamente  
Principia en los Pirineos?  
Los africanos trofeos  
Que amontona cada dia  
La española valentia  
Ver dejan ya bien de bullo  
Que ha de ser la voz de insulto  
La verdad en profecía.

Los sonetos improvisados fueron 12, de los señores Rubí, Cueto (don Leopoldo), Catalina, Arnao, Ferrer del Rio, Cervino, Madrazo, Hartzenbusch, Vega, y uno de tres autores. Copiaré tres de ellos, de distintos géneros para muestra.

#### Á TETUAN, COMO PUDIERA SER Á OTRA CIUDAD CUALQUIERA.

« Dejad que esa bandera al aire flote  
» Con que Abbas hace jactancioso reto;  
» Saque su zancarron por amuleto;  
» Pronto se le ha de hacer que pille el trote.

» Perros nos llama el pícaro por mote;  
» Los perros ellos son, voto á Capeto;  
» No esté ninguno por el triunfo inquieto;  
» Para galgos así, basta un azote. »

Dijo así un español al pié de un risco:  
Lanza fuego el cañon, da en un pedrusco,  
Y huye Muley cual res fuera de aprisco,

Y se rinde Tetuan hablando *etrusco*,  
De su jerga olvidada muerta de asco,  
Y este soneto endilgole de chasco.

JUAN E. HARTZENBUSCH.

¡Musas! ¡alcemos de victoria el canto!  
España despertó: su honor la inspira;  
Y fué el arranque de su noble ira  
Del mundo admiracion, de Africa espanto.

En desagravio al fin de ultraje tanto  
Tetuan postrada á nuestros piés se mira:  
Musas ¡cantad! y al eco de la lira  
Reverdezan los lauros de Lepanto.

Si; que al ver por las ondas del Tirreno  
Allá lanzarse en la guerrera popa  
Hueste arrojada y adalid sereno;

Y que á sus antros con terror galopa  
Roto y vencido el bárbaro agareno,  
Ya con respeto nos saluda Europa.

VENTURA DE LA VEGA.

#### DE TRES INGENIOS.

Ya es nuestra ¡vive Dios! la rica joya  
Que monas cria en la africana playa;  
¡Lástima que los tercios de Vizcaya  
No tomaran su parte en la tramoya!

Guad-el-Jelú, que es menos que el Lozoya,  
Ve al milite español, y se desmaya;  
Muley-Abbas se levantó la saya  
Y se escapó por una claraboya.

Sidi-Ahmet exclamó: « la suerte tuya  
He de seguir en coche ó en barquilla,  
Y nuestro hermano cantará alcluya; »

La sierra de Bullones la rodilla  
Dobla, y á O'Donnell pide que destruya  
El pueblo que no bebe manzanilla.



La llegada á Madrid de los cañones y banderas y la tienda de Muley-Ahmet cogidos á los marroquíes produjo otro día mas de funcion.

A pesar de lo desapacible y frio del tiempo, la gente corria á la plaza de Palacio á ver desfilar por delante de SS. MM. aquellos gloriosos trofeos. Expuestos luego en el patio del Retiro, visitanlos no pocos curiosos, entrando en la tienda del general moro y copiando las inscripciones de los cañones.

Estos son 8; uno de ellos de hierro y los demás de bronce. Proceden segun sus inscripciones, de regalos, habiendo uno español. Creo curiosa para mis lectores la descripción que publican los periódicos, que es la siguiente:

1º Incierto. — Sin inscripcion ni fecha.

2º y 3º Suecos. — Inscripcion arábica que dice así: — *Regalo hecho por S. M. el rey de Suecia Gustavo III.*

Estas dos piezas datan seguramente del jerif Mohammed Abdallah ben Ismail, que reinó desde el año de 1171 al 1204 de la Egira (1757 — 1789 de Jesucristo).

En este período de tiempo el imperio de Marruecos hizo la paz, y se restablecieron los antiguos tratados con Suecia, la república veneciana, España y otros varios Estados.

4º Sueco. — Inscripcion. — N.º 9. S. 5. L. 9. m. 7. — *Me fecit mever Holmia* (Estokolmo) 1797. — Corresponde esta pieza al reinado de Gustavo Adolfo IV.

5º Inglés. — Inscripcion: — DCLXXIX. — *J and H King*. 1808. *Honi soit qui mal y pense.* — Corresponde al reinado de Jorge III.

6º Veneciano. — Escudo de armas de la república de Venecia. Debajo C. A.

7º Español. — Inscripcion: *Cabul.* — *Cárols IV* (Monograma). — N.º 1713 *Barcelona* 28 de agosto de 1790.

8º Inscripcion arábica, y dice así: — *Por mandado de nuestro Señor el príncipe de los creyentes, ayúdele Dios y ampárele. — Hizose este cañon... por manos de su siervo. año 1261 (1844).*

La traducción de las leyendas arábicas pertenece al señor Cerdá, no hallándose completa la de la última pieza por el estado de deterioro en que se encuentra.

Los teatros siguen con mala suerte: dos de ellos, el de Lope de Vega y el de Novedades ya terminaron su triste existencia, y en los demás los estrenos no han alcanzado gran éxito. En el Príncipe, Circo, Zarzuela y Novedades, los triunfos de la guerra se celebraron con piezas improvisadas que no figurarán mucho ciertamente en la historia de nuestra literatura. *La Toma de Tetuan*, zarzuela de don Juan de Alba, con música de don Carlos Llorens, es la obra de mayores dimensiones y se hizo en Novedades. Las otras, en un acto todas, son: *Un recluta en Tetuan*, anónima (Circo), *Tetuan por España*, de don Mariano Pina (Zarzuela), y *Escenas de campamento*, del señor Sobrado (Príncipe); todas han pasado, y gracias á ser de circunstancias y escritas de prisa.

*El Angel Custodio*, traduccion de don Ventura de la Vega, es la única comedia estrenada en febrero por la compañía del señor Romea. Hizose á beneficio de la actriz señora Tutor, y apenas logró otra cosa que gustar y morir casi á un tiempo. Siguió en el Circo otra de don José María Gutiérrez de Alba llamada *Vanidad y pobreza*, que pareció lánguida al público, y en el Príncipe *Sueños de amor*, traduccion de otra de Scribe, que no ha satisfecho, como tampoco un juguete lírico-dramático nombrado *los Celos de Mateo*.

Pero el estreno de verdadera importancia del mes es un nuevo drama del señor Hartzenbusch, representado en el Circo á beneficio de doña Teodora Lamadrid. *El mal apóstol y el buen ladrón*, que tal título lleva, gira sobre igual pensamiento que el *Condenado por desconfiado*, magnífica leyenda religiosa del maestro Tirso de Molina. En uno y en otro propónense los autores patentizar cómo y porqué Dios retira la gracia del hombre que de ella desconfía, y que trata de convertir en certidumbre material la que solo debe tenerse por la fe. Al mismo tiempo prueban que el pecador que confía en Dios puede, arrepintiéndose, obtener misericordia. En la obra del maestro Fr. Gabriel Tellez el ermitaño Paulo, regalado con favores celestiales, hijo predilecto de la Providencia, no resiste á la primera prueba con que Dios quiere experimentar, mientras Enrico que en medio de sus extravíos conserva alguna virtud moral sobre la que puedan recaer los tesoros de la gracia, logra el perdon de sus culpas. En la obra del señor Hartzenbusch los dos personajes equivalentes son Dimas y Judas. En el corazón de aquel, lo mismo que en el de Enrico, hay un fondo de virtud que le hace sentir el arrepentimiento detrás de sus faltas: Judas, igualmente que Paulo, duda continuamente de la misericordia divina; inútil es que vea de un modo milagroso morir á Dimas perdonado por Jesucristo; la duda le entrega al demonio para siempre.

Una figura, principal tambien, aparece en el cuadro del señor Hartzenbusch, que no existe en el del P. Tellez, á lo menos con los mismos colores: es María, símbolo de los amores puros é inocentes cuyo cariño tal vez separa á Dimas del delito.

Así en el *Condenado por desconfiado*, el amor de Enrico á su padre Anareto, le hace confesarse poco antes de morir, abriéndole las puertas del cielo, como anteriormente le habia impedido cometer un asesinato el venerable aspecto del anciano destinado á morir, semejante en edad y canas á su padre.

Es pues una gran idea la que vivifica el drama que acaba de estrenarse en el Circo, y así lo ha comprendido el público, que no siempre da á las cosas buenas

la importancia que merecen. Pero no son los espectadores que ha encontrado el señor Hartzenbusch los mismos que aplaudian al maestro Tirso de Molina: hoy vamos al teatro á que nos enseñe el poeta un curso de moral, y nos volvemos á casa muy satisfechos cuando nos ha dado un curso de picardías; pero si pone en escena personajes bíblicos, ya empieza á ofenderse nuestra religiosidad: ya tenemos pretexto para exclamar que ciertas cosas no deben sacarse á la vista entre bastidores. Yo no sé si esto consistirá en que hoy abrigamos mas te que nuestros abuelos ó que nos contentamos con aparentarla; pero la verdad es que la moral necesita hacer en nuestros días un papel importante en el teatro, ya que fuera de él no sea premiada.

Si el drama del señor Hartzenbusch es muy perfecto en el fondo, no lo es menos en la forma. Adórnale una versificación riquísima, y tiene episodios y rasgos de primer orden. El sueño de la mujer de Pilatos es admirable y el carácter de este sobresaliente. — Si la obra estuviese ya impresa tendria un verdadero placer en copiar algun trozo para que mis lectores saboreasen sus bellezas.

La ejecucion de este drama, excepto por parte de la señora Lamadrid y el señor Valero, ha sido bastante fatal, y bueno el aparato con que se ha presentado.

En el Teatro Real han empezado los conciertos sacros, destinándose para ellos los viérnes de cuaresma. El primero no estuvo muy concurrido, habiéndose cantado parte del *Stabat Mater* de Rossini, y algunas otras piezas de escritores clásicos. Las señoras Trebelli y Fioreti y el bajo Boucéné fueron muy aplaudidos, y se les hizo repetir dos ó tres cosas.

El carnaval animado como siempre: por las calles de Madrid sonaban alegres bandas de música, dando al aire los ecos de la jota y del himno guerrero compuesto con motivo de la guerra de Africa. Y que ya se ha hecho popular, y en el Prado, los pollos y alguno que otro gallo se desquitaban de los malos ratos que el bello sexo les diera en los bailes sacándoles sus trapitos á relucir, con pagar en la misma moneda á las hijas de Eva. ¡Cuántas intriguillas podrian contar los árboles de aquel paseo, que dieran excelentes asuntos á novelistas y autores dramáticos! ¡Cuántas esperanzas amorosas habrán nacido allí, y cuántas habrán muerto costando tal vez lágrimas al volver á casa la interesada! Lágrimas no siempre de pena, sino de rabia y de despecho algunas veces.

Los bailes han tenido una concurrencia numerosísima, y eso que el señor aguilon bufaba en aquellos días que era una bendición de Dios: la estadística de los constipados con sus diferentes variedades, daría materia para llenar una hoja de buen tamaño; pero en tocando á divertirse todos los males se alivian un poquillo cuando no son de mucha importancia.

En la Academia de la historia se ha verificado la recepcion de don Tomás Muñoz y Romero, autor de una coleccion de Fueros municipales y de una obra de bibliografía premiada hace dos años en el concurso de la Biblioteca nacional, y en la Academia de San Fernando han ingresado tambien otros dos nuevos individuos: los señores don Domingo Martínez y don Carlos Haes, aquel distinguido grabador en acero, y este excelente paisajista. Todos tres han pronunciado muy buenos discursos, contestándoles con otros no menos notables, al primero el señor Amador de los Rios, al segundo don Pedro de Madrazo, y al tercero don Federico Madrazo.

Continuando las lecciones prometidas en mi anterior revista, de virtudes sociales, voy á tratar hoy de la amistad, en los términos siguientes:

Cojo el papel y la pluma,  
Y sin saber lo que escribo,  
A la amistad en romance  
Empiezo á entonar un himno.

A la amistad, mas no á aquella  
De los tiempos primitivos,  
De los Pilades y Orestes,  
De los Damones y Pitios.

No á la que vió el de Ultratumba  
A principios de este siglo  
En los pechos nada cultos  
De los tiznados negrillos.

No es esa, no; la presente  
No hace tantos desatinos;  
Es mucho mas filantrópica  
Y de menos compromisos.

Bueno era que yo anduviese  
Siempre con otro juntitos  
Y que si él iba al infierno  
Quisiera yo hacer lo mismo.

Bueno, si estaba en la cárcel,  
Que me fuese yo á su sitio,  
Y me pusiera en la horca  
Por salvar de ella al amigo.

No, señor, esto no es justo,  
Ni prueba amor ni cariño,  
Si al fin uno ha de pagarla  
Que la pague el que la hizo.

La amistad no nos impone  
Tan horribles sacrificios:

Pueden hacerse favores  
Conservando el individuo.

Si uno se muere, paciencia;  
Se le regala un suspiro,  
Con muchos « ¡quién lo pensara  
Y « ¡qué lástima de chico! »

Se reparte entre los otros  
La amistad que le tuvimos,  
Y á vivir y á divertirse,  
Que para eso hemos nacido.

Así de amigos el número  
Se aumenta hasta lo infinito,  
Dando tal nombre á cualquiera  
A las tres veces de visto.

Que es grato llevar del brazo  
Cada hora uno distinto,  
Y dar con los cinco dedos  
Apretones á otros cinco.

Es grato ver á las bellas,  
A manera de mordiscos,  
Plantarse haciendo melindres  
Sus fraternales besitos.

Y es grato cambiar á todos  
Dones, tratamiento y títulos  
A los tres ó cuatro días  
Por el tú franco y sencillo.

Hermosas presentaciones,  
Medio fácil y expedito  
De meterse en todas partes  
Y de ser muy conocido,

¡ Vosotras sois de esta época  
Retrato al daguerreotipo,  
Y debiera poseeros  
Con privilegio exclusivo!

Sois consuelo del amante  
Desdichado y perseguido  
Que halla recurso en vosotras  
Para hablar con su angelito.

¿ Qué mejor prueba de afecto  
Que unir uno á sus amigos  
Con un vínculo que dure  
Lo que el baile en que ha nacido?

La santa amistad es esta  
Del gran siglo en que vivimos,  
Que hace á menudo favores,  
No milagros ni prodigios.

Tal vez sería la misma  
Aquella de los antiguos,  
Y los poetas soñando  
La calumnian en los libros.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid 29 de febrero de 1860.

### Llegada á Milan del rey Victor Manuel.

El 13 de febrero á la una de la tarde las salvas de artillería anunciaron á la ciudad de Milan la llegada del convoy que traía al rey Victor Manuel. Una muchedumbre inmensa se habia reunido en las cercanías de la Puerta Nueva y del embarcadero. Toda la ciudad estaba engalanada con colgaduras en los balcones y trofeos. El rey fué recibido en la estacion del ferro-carril bajo un pabellon elegantemente adornado por el señor M. de Azeglio, gobernador de Milan, vestido con el uniforme de general, por el ayuntamiento y muchos miembros de las diferentes corporaciones, de la magistratura, del estado mayor de la guardia nacional y de las administraciones de los caminos de hierro.

S. M. hizo la acogida mas formal á las personas que salieron á recibirle. Despues de las felicitaciones ordinarias, el rey subió en coche así como las personas de su comitiva, y las que habian salido á su encuentro. El cortejo entró en la ciudad por la Puerta Nueva, siguió hasta la Puerta Oriental donde tomó el Corso, y llegó á la plaza del Domo donde se halla el palacio real y donde se apeó el rey.

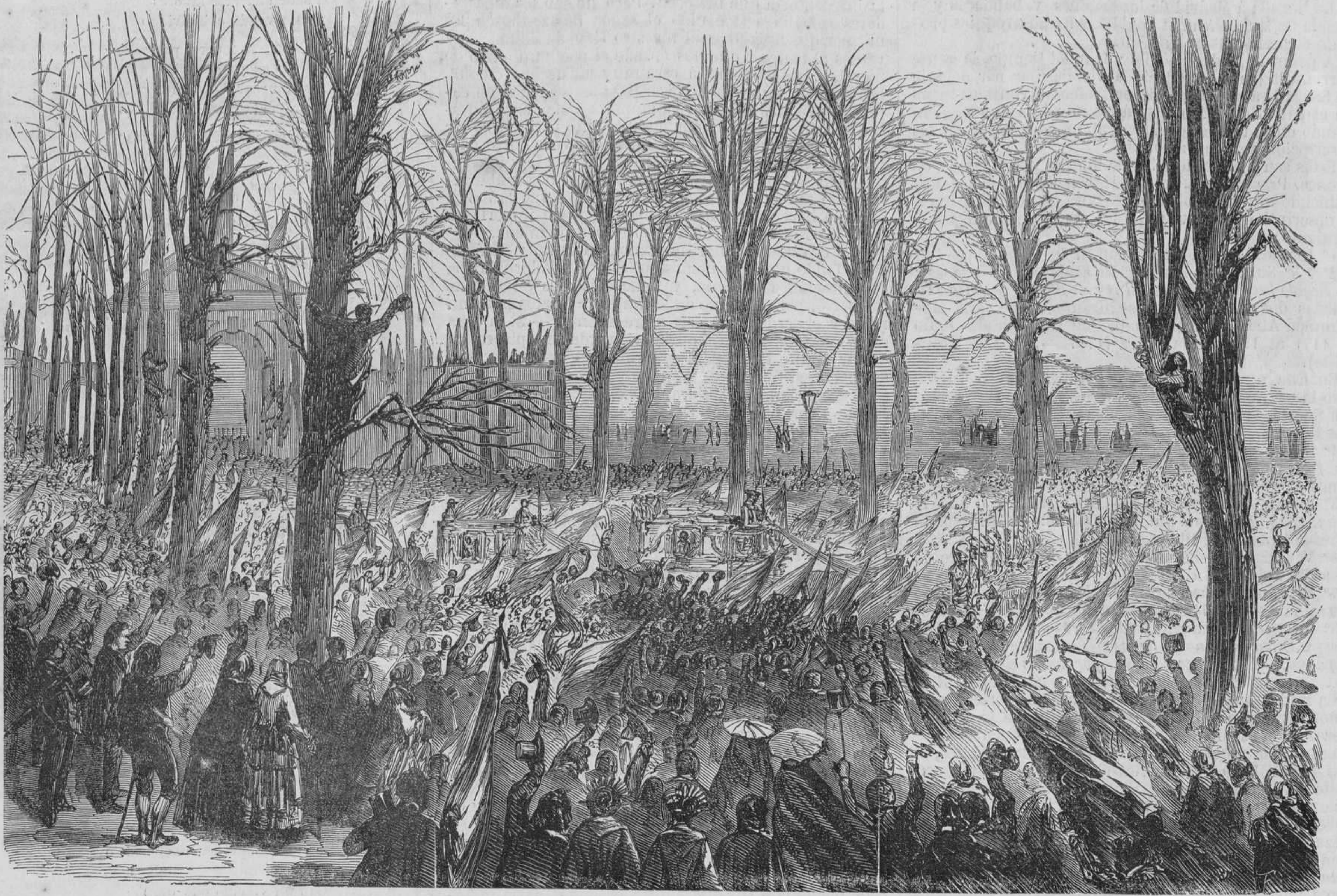
Las tropas se hallaban tendidas en la carrera, y en varios puntos se habian levantado grandes trofeos. Por todas partes se oian aclamaciones en las cuales se confundian el nombre del rey y de la Italia. En la plaza del Domo estaban escalonadas cuatro compañías de infantería del ejército francés de ocupacion, un batallon de cazadores y dos escuadrones de artillería y de caballería bajo el mando del general Negre. El mariscal Vaillant y su estado mayor se hallaban á la cabeza de las tropas. El rey, al pasar cerca del grupo de los oficiales franceses, saludó con mucho agrado.

Despues de haber descansado algunos instantes, el rey recibió en el salon del palacio á las autoridades civiles y militares, á la magistratura y los cuerpos constituidos.

Una alegría indecible trasportaba á la poblacion milanese, que se preparaba para las fiestas con que se debia celebrar la llegada del rey dentro de sus muros.

X.





ENTRADA DEL REY VICTOR MANUEL EN MILAN POR LA PUERTA NUEVA (15 de febrero de 1860.)

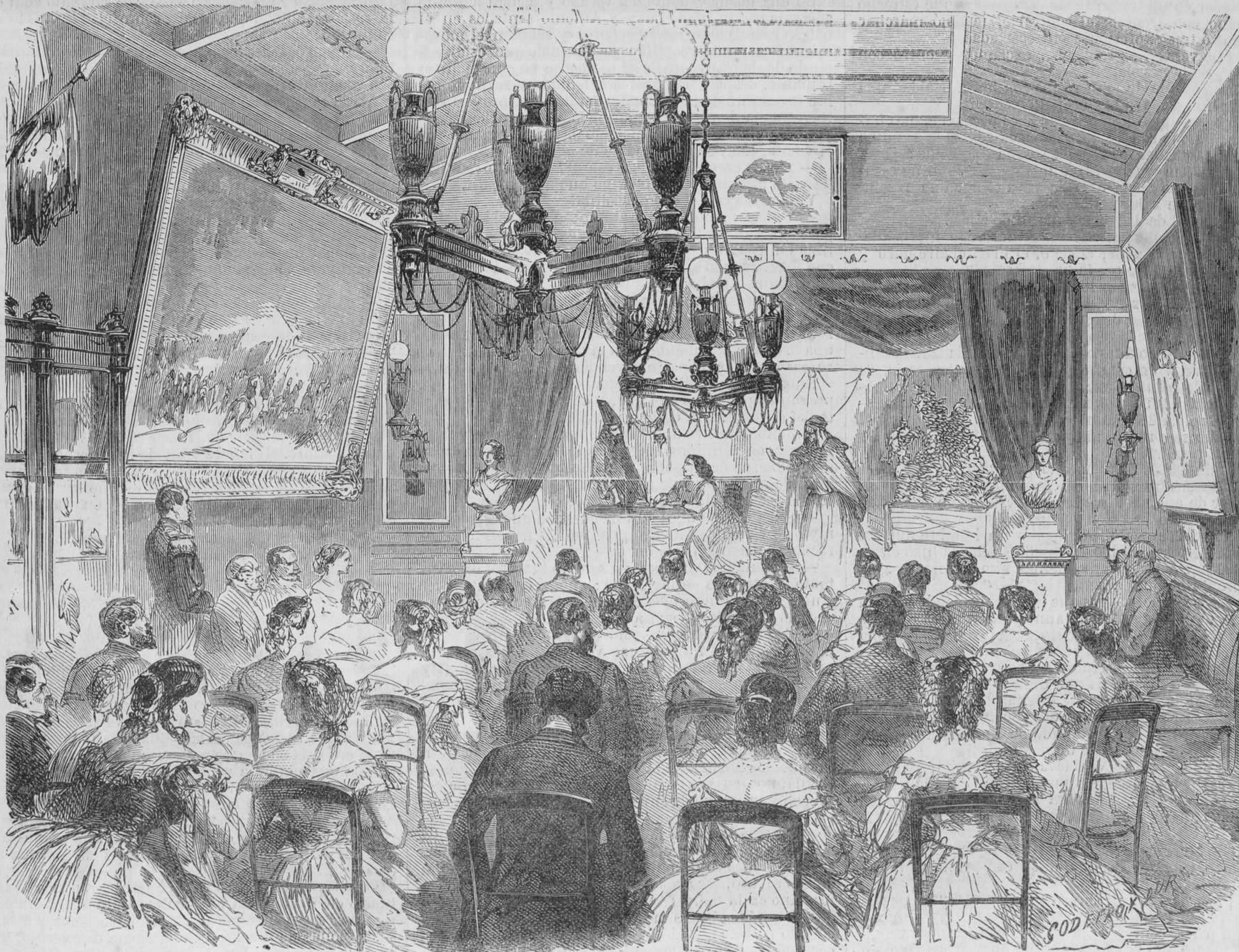


LLEGADA DEL CORTEJO AL PALACIO REAL EN LA PLAZA DEL DOMO EN MILAN.





FIESTA DADA AL EMPERADOR Y A LA EMPERATRIZ POR S. A. I. EL PRINCE NAPOLEON EN SU PALACIO ROMANO. — SS. MM. DIRIGIENDOSE A LA PINACOTECA CONVERTIDA EN TEATRO ANTIGUO.



REPRESENTACION DELANTE DE SS. MM. DEL *LOUVE* DE FLUTE, COMEDIA DE M. E. AUGIER, POR LOS ARTISTAS DEL TEATRO-FRANCES.



## Fiesta dada al emperador y la emperatriz

POR S. A. I. EL PRINCIPE NAPOLEÓN.

Aunque por la *Revista de Paris* del número 373 tienen ya conocimiento nuestros lectores de esta espléndida fiesta dada el 14 de febrero por el príncipe Napoleón en su palacio romano de la avenida Montaigne, añadiremos hoy cuatro palabras para mejor inteligencia de nuestros dibujos. El palacio tiene un aspecto maravilloso por la noche, y nada puede dar una idea de lo que es el atrium con su pavimento de mármol blanco, en cuyo centro hay un pilón también de mármol rodeado de elegantes columnillas que sostienen la techumbre abierta del impluvium. En medio de los bustos de los antepasados se levanta una estatua magnífica de Napoleón I, obra de M. Guillaume. Del atrium se distingue el salón principal donde estaba rodeada de las señoras convidadas la princesa Napoleón, con un vestido de tul blanco y llevando con mucha gracia una hermosa diadema antigua sembrada de brillantes. A las diez la música saluda la llegada de Sus Majestades que atraviesan el atrium, el salón principal y las piezas que se suceden para pasar al teatro cuyo dibujo damos.

La función cuyo programa conocen nuestros lectores se representó con aplauso; y una vez concluida, el emperador y la emperatriz, seguidos del príncipe Napoleón, de la princesa Clotilde, de la princesa Matilde y de los convidados, volvieron al gran salón donde principió el baile, que se prolongó hasta las tres de la mañana.

F.

## EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

— Y ahora recuerdo, sir John, creo que con hoy llevas cuarenta y ocho días de esclavitud.

Lucy se puso pálida.

— ¡Ah! exclamó el barón un poco sorprendido.

— Sí, ya ha llegado la hora de que recobreis vuestra libertad, prosiguió Antonio con presteza. Cumplo con un deber agradable diciéndoos que miss Davenne se halla ya suficientemente restablecida para soportar sin peligro y sin inconveniente la fatiga de un viaje.

¡Maravilla de las maravillas! Sir John no saltó de júbilo al oír esta noticia; no se arrojó al cuello de su libertador en un trasporte de gratitud; no le estrechó la mano con frenesí; al contrario, le dejó marchar con dos ó tres expresiones entrecortadas.

— ¿De veras?... ¡gracias!... exclamó, y entró con su hija en la posada.

¿Cómo es que sir John recibe con tanta frialdad una noticia que deseaba tan ardientemente?

¿No es ya aquel hombre que hace pocas semanas habría comprado con la mitad de sus rentas la facultad de poder marchar de aquella posada miserable?

No, sir John ya no es el mismo; sir John ha cambiado; hoy no tiene energía para tomar una resolución, no tiene valor para decir:

— Mañana, dentro de dos días ó de cinco.

El viejo gentleman se ha acostumbrado insensiblemente á aquella vida; el cielo, el mar, el aire puro y embalsamado, todo eso le ha desarmado.

¡Oh, Italia, hermosa Italia! Tú tienes el don impercedero de suavizar y de subyugar todas las naturalezas, aún las más duras y rebeldes. Todos aquellos que sienten tu ardoroso aliento ceden á tus encantos. ¡Cuántos han ido á tí con odio y desconfianza, la lanza en ristre, y en cuanto probaron la dulce leche de tu seno, dejaron las armas, y bendiciéndote te llamaron «Madre»! Tu historia está llena de tales conquistas, ¡oh patria de tantas bellezas y de tantos dolores!

Sir John se sentó de muy mal humor y sin proferir una sola palabra.

Las miradas de Lucy parecían que querían leer en el fondo de sus más íntimos pensamientos, y con un temblor de ansiedad esperaba el resultado de sus sombrías meditaciones.

El barón fruncía el ceño como un hombre que no sabe desenredar sus ideas. Por fin la luz se hizo en su mente, y vió los inconvenientes que habría en salir tan pronto de Bordighera.

La colección de plantas que estaba reuniendo para su palacio no estaba completa aun, y la salud de Lucy se había mejorado de tal modo, que habría sido lástima marcharse sin tener una necesidad urgente; por último, como Aubrey no estaría en Londres antes de fines de agosto, no la sentaría mal á Lucy el poder disfrutar lo más posible de aquel aire que tanto la aprovechaba.

Cuando sir John llegó á esta conclusión, su fisonomía se aclaró un poco, como la de un hombre que ha encontrado la solución de un negocio.

— Al cabo y al fin, dijo levantándose, es muy agradable saber que podemos marcharnos cuando queramos; pero no veo razón para irnos en seguida, como propone el doctor Antonio, á menos que mi hija lo desee.

— ¡Oh! no; al contrario, os suplico que permanezcamos más tiempo, respondió Lucy con presteza; ¡estamos tan bien aquí!

— ¡Tan bien!... murmuró el barón con una mezcla de mal humor y de satisfacción que era muy cómica; por mi parte, confieso que no veo esas grandes ventajas, á menos que la perspectiva de abrasarnos vivos en este horno, lo que podrá suceder en breve, no tenga

algun atractivo para tí. A Dios gracias, antes que haga demasiado calor, ya estaremos lejos.

Sir John suspiró involuntariamente, y reconciliado consigo mismo con estas palabras, salió del cuarto sin sospechar que su hija había suspirado también, desde lo más recóndito de su joven corazón inocente, á la idea de salir de la posada. Todos los padres, todas las madres tienen una clase de vista especial, distinguen claramente los objetos colocados á cierta distancia, y necesitan anteojos para ver lo que tienen delante; ahora bien, sir John no era una excepción de esta regla.

Dos horas más tarde, mientras colocaba las piezas en el juego de ajedrez (Lucy se había vuelto á su cuarto), sir John dijo al taciturno doctor:

— ¿Con que pensais en realidad, doctor Antonio, que este clima conviene particularmente á mi hija?

Antonio miró á su interlocutor con cierta sorpresa, y hasta esperó un instante antes de responder.

— No tenéis más que comparar como está hoy y como estaba hace algunas semanas, y vos mismo hallaréis la respuesta á vuestra pregunta. Ya no tiene tos, el color es bueno, el sueño y el apetito excelentes.

— De modo, añadió sir John, que pensais que estando aquí más tiempo se fortalecerá más su constitución.

Antonio se sintió impelido á derribar la mesa y el tablero para saltar al cuello del inglés, que seguramente no se esperaba tal acometida: los padres que tienen hijas amables, ignoran los peligros que corren; pero reconquistó gloriosamente su sangre fría, y respondió con la dignidad propia de su profesión:

— No lo dudo; ningún clima es más sano que este, y la tranquilidad, la ausencia de toda emoción viva son lo mejor que hay en el mundo para las personas delicadas como miss Davenne. Unos baños de mar durante los calores la probarían perfectamente.

— En ese caso, respondió el barón, nos arreglaremos para pasar aquí algún tiempo más.

Aquella noche jugaron tres partidas, y sir John fué bastante bueno para sorprenderse porque la había ganado todas. Antonio al volverse á Bordighera fué cantando por el camino: *O bell' alma innamorata*, con una energía y una expresión que hacían tanto honor á sus pulmones como á su gusto musical.

## XIV.

## LA SICILIA.

En una noche caliente del verano y á hora bastante adelantada, sir John, Lucy y Antonio sentados en el balcón escuchaban los ruidos y seguían el movimiento casi imperceptible de la luna que estaba á punto de desaparecer. En el momento en que el disco brillante, después de haberse detenido un segundo sobre la cumbre de la colina de Bordighera, proyectó al través de la densa cortina formada por los árboles, rayos de luz que temblaban como la llama agitada por el viento, Lucy lanzó un grito de admiración.

— ¿No se parece eso á un volcán? preguntó; nunca he visto ninguno y me imagino que debe ser así.

Y señalaba con el dedo la colina.

— Teneis razón, dijo Antonio; el parecido es tan perfecto, que me figuro estar contemplando á mi viejo Etna en miniatura. Eso me recuerda más de una noche feliz, cuando sentado yo en el terrado de mi casa en Catana espiaba los imponentes síntomas de una erupción próxima, y despierto soñaba un brillante porvenir. El presente, continuó con una sonrisa de tristeza, se parece tan poco á mis sueños de entonces, como una lava roja y ardiente á esa lava fría con que los *lazzaroni* hacen juguetes para venderlos á los extranjeros.

Estos recuerdos dieron lugar á una larga serie de preguntas por parte de Lucy, y de respuestas por parte del doctor, sobre Catana y la Sicilia.

Antonio encontró aquí más de una ocasión de anatematizar en términos enérgicos lo que él llamaba el mal gobierno de su pobre isla natal.

Sir John no podía oír manifestar opiniones semejantes sin hacer reclamaciones.

— Sed justo, le dijo; en una cuestión que es para los reyes de vida ó de muerte, ¿porqué les negais todo derecho de defensa personal?

— Presentad la cuestión en sentido inverso, dijo Antonio, y estaríais en la verdad: ¿no se debe reconocer á una nación ningún derecho de proteger y de defender sus libertades y su independencia?

— Os lo concedo, respondió el barón; pero vais demasiado lejos. Si los reyes se ven arrastrados á extremidades, la culpa es de ese partido con el que no hay transacción posible; me refiero al partido ultra-democrático, que quiere poner repúblicas sobre las ruinas de todos los tronos.

— No es eso, exclamó Antonio; ¿quién ha pensado jamás en una república en Sicilia? Los sicilianos son un pueblo esencialmente monárquico; sus tradiciones, sus hábitos, sus costumbres están profundamente arraigados en las monarquías. Debemos nuestras instituciones libres á los reyes, y durante una larga sucesión de monarcas la Sicilia fué feliz y respetada. Cuando la tormenta de 1789 arrojó á los Borbones de Nápoles de sus posesiones continentales; ¿dónde encontraron un abrigo seguro, socorros de toda clase y corazones adictos, sino en la fiel y leal Sicilia? Cómo la pagaron, todos lo saben. ¿Quién nos ayudó á consolidar nuestro edificio político; es decir, quién nos ayudó á establecer nuestra constitución de 1812, constitución en cuyo nombre y defensa han luchado y han muerto tantos

sicilianos en los últimos veinte y cinco años? ¿No fué la monarquía de la Gran Bretaña?

— Entonces, preguntó Lucy, ¿teneis un Parlamento como el nuestro?

— Le teníamos, respondió Antonio tristemente.

— ¿Y porqué ha sido destruido? preguntó la joven. Me habeis prometido enterarme de todo lo concerniente á vuestro país. Cumplidme hoy vuestra promesa.

— Os he hecho una promesa temeraria, dijo Antonio sonriendo; para cumplirla tendría que daros un resumen de la historia de la Sicilia, y temo que no tengais paciencia para escucharme.

Sin embargo Lucy insistió, y Antonio le trazó un cuadro de las desgracias de la Sicilia desde el siglo IX en que se establecieron las libertades sicilianas, hasta el año de 1836 cuando Mario Adorno provocó un movimiento en Siracusa que le costó la vida.

— Entonces, dijo el doctor Antonio, no dejaron á la Sicilia más que ojos para llorar y el recuerdo imperecedero de sus derechos.

El doctor, al hacer la historia de las catástrofes nacionales, se había olvidado de sí mismo.

Lucy que tenía muy presente este punto se le recordó exclamando:

— Pero no nos habeis dicho porqué tuvisteis que salir de Catana.

— Es verdad, respondió Antonio; pero pocas personas estarán dispuestas á creer que un incidente tan vulgar como el que tengo que mencionar ahora, pueda ser causa del destierro de un hombre en ningún país del mundo. Yo no tomé ninguna parte en los motines de mi ciudad natal, producidos á causa del levantamiento de Siracusa; y no porque mi corazón no palpitara fuertemente en aquellos momentos, sino porque tenía ocupadas todas mis horas en los deberes de mi profesión. Era entonces la invasión del cólera, y aunque la epidemia fué menos terrible en Catana que en Palermo, sin embargo hizo crueldes destrozos, y de día y de noche me llamaban. Una tarde del mes de marzo vinieron á buscarme para socorrer á uno de mis mejores amigos que había sido atacado de repente, y apenas había tenido tiempo de reconocer los primeros síntomas de la enfermedad reinante, cuando entraron en el aposento una porción de soldados, que traían orden para prender á mi amigo. En virtud de esta orden mandaron al pobre enfermo que saliera de la cama y se dispusiera á seguir á los soldados. Yo intervine, y declarando mi nombre y mi profesión, dije que llevarse á mi amigo en el estado en que se encontraba era matarle, y en su consecuencia señalé al sargento cuál era la responsabilidad que pesaba sobre él. El soldado me respondió:

— Tengo órdenes terminantes y me le llevaré muerto ó vivo.

Y al decir esto arrancó las sábanas de la cama.

Al ver este acto de brutalidad, perdí toda mi sangre fría; no sé lo que dije ó lo que hice entonces, pero el resultado fué que me ataron y me sacaron á la calle.

No habíamos andado mucho camino cuando encontramos á un oficial que detuvo á mi escolta é hizo algunas preguntas al sargento.

— ¡Un médico! ¡oi exclamar al oficial; no es ocasión de prender á los facultativos.

Hablaron un poco más y me desataron.

El oficial me tomó del brazo y me llevó por un lado en tanto que el sargento y sus hombres se fueron por otro.

— ¿Adónde quereis ir? me preguntó.

Le dije la calle en que vivía, y me acompañó hasta la puerta; al despedirse me dijo:

— Vivimos en época muy crítica, y es muy seria una acusación de rebelión. Os aconsejo que salgais de la ciudad lo más pronto posible.

Tal es el incidente que me ha reducido al destierro. Y es de advertir que mucho menos de lo que yo había dicho ú hecho aquel día, había costado la vida á más de un hombre. Mi madre y mi tío insistieron para que siguiera el consejo del oficial, y es lo que hice. Luego supe su nombre, y supe también que no fui yo el único á quien salvó. ¡Dios le bendiga! Con orgullo digo que es un siciliano.

— ¿Y vuestro amigo enfermo? preguntó Lucy.

— Murió á las pocas horas de estar en la cárcel.

## XV.

## VISITA AL SANTUARIO.

Todas las dificultades relativas al casamiento de Battista y de Speranza se habían allanado, gracias al espléndido donativo de sir John, que ascendía á doscientas libras esterlinas. Las tres quintas partes de esta suma bastaban para pagar las deudas de la familia, y el resto era más de lo que se necesitaba para hacer de la posada una empresa ventajosa y hasta brillante.

Se convino pues en que la boda tendría lugar el 25 de junio, que era el cumpleaños de Speranza.

En todos los tiempos y en todos los países, matrimonios, nacimientos y defunciones han sido acompañados de preliminares y de ceremonias de una clase ú otra.

En el caso presente se juzgó que una romería al santuario de Lampedusa era indispensable para que los *promessi sposi* pudiesen hacer sus devociones y ofrecer sus acciones de gracias bajo la forma de ex-voto, á la Madona de ese nombre, á cuya intercesión debían un cambio tan feliz en su fortuna.



Rosa, Speranza y Battista, como casi toda la parroquia de Bordighera, tenían por artículo de fe que la Madona en general y la Madona de Lampedusa en particular, había llevado á la posada á Lucy y todas las bendiciones que fueron con ella.

La idea de esta romería excitó vivamente el interés y la curiosidad de Lucy, y se decidió que sir John y su hija se aprovecharían de la ocasión para visitar la capilla famosa, y respirar un par de días el aire fresco de la montaña; que el doctor Antonio, por supuesto, los acompañaría, y que á él quedarían confiados los preparativos de la excursión y todas las disposiciones para la permanencia en Lampedusa.

El 20 de junio sir John, su hija y Antonio (los novios no debían salir hasta la mañana siguiente) dejaron pues la posada y entraron en una barquilla guardada con una tienda de rayas encarnadas y blancas.

Battista gobernaba la embarcación; había pasado más de una semana en limpiarla, pintarla y adornarla para que fuese digna de las personas que habían de ir en ella.

Bajo la acción combinada de una buena brisa y de tres pares de remos, no tardaron mucho en doblar el segundo cabo. San Remo, el brillante y verdoso San Remo, elevado en forma de triángulo y con sus siete colinas cubiertas de vegetación, se desplegó de repente á sus miradas.

— ¿Crecen las palmas naturalmente en este sitio? preguntó Lucy señalando los plánticos que cubrían el ribazo; ¿ó las cultivan solo por su hermosura?

— Su hermosura creo que es lo más insignificante á los ojos de sus amos. Las palmas son un producto muy lucrativo y por eso las cultivan. Cada año se envían cargamentos de ellas á Francia y á Holanda; en todos los países católicos el consumo de palmas durante la semana santa es considerable; pero en toda la Italia y en Roma sobre todo, es enorme. Hay una familia en San Remo que ha disfrutado por espacio de muchos siglos, y disfruta aun del privilegio exclusivo de suministrar palmas al palacio apostólico.

— ¿Y cómo se concedió ese privilegio? preguntó Lucy.

— En pago de un buen servicio. La historia es bastante curiosa y os hará pasar el tiempo de la travesía. — Supongo que habéis visto y admirado en Roma el obelisco que se eleva en la plaza de San Pietro ó del Vaticano, y que se llama obelisco del Vaticano. En 1684, en los primeros años del pontificado de Sixto V, ese obelisco yacía todavía medio enterrado en el suelo no lejos de la antigua sacristía de San Pietro. Mas de un papa antes de Sixto V había acometido el proyecto de sacarle y llevarle á la plaza San Pietro; pero siempre habían retrocedido en su propósito por las dificultades y los gastos enormes de la empresa.

El papa Sixto V, emprendedor como todos sabemos, se determinó á realizar el proyecto de sus antecesores, y confió esta tarea á Domenico Fontana, arquitecto de gran nombradía, á quien suministró todo cuanto necesitaba para el caso.

La mecánica en aquella época no era lo que es hoy, y por consiguiente costó mucho trabajo sacar del suelo y trasportar sin avería al sitio donde debía elevarse un monolito de un tamaño tan prodigioso.

Estas dos operaciones previas se ejecutaron sin embargo una después de otra en el término de un año; pero quedaba por hacer la operación final que era la más difícil. Habiéndose tomado para esto todas las medidas convenientes, Fontana fué á ver al papa para pedirle que señalara el día de la erección. El papa lo hizo y prometió honrar con su presencia una ceremonia que no podía menos de atraer á una inmensa muchedumbre.

— Temo una cosa, dijo el arquitecto, y es que el ruido de la multitud no turbe á los trabajadores y les impida seguir mis instrucciones hasta las más minuciosas; en ese caso no respondería de nada.

— Nada temáis; yo lo arreglaré, contestó el papa. Y dió un edicto por el cual hacía saber que todo aquel que hiciera el menor ruido durante la erección del obelisco sería castigado con pena de muerte.

Esta proclama con el sello del papa se pegó en las paredes de Roma.

El día señalado, Fontana después de haber confesado y comulgado y después de haber recibido la bendición pontificia, subió al elevado andamio desde el cual debía dirigir la operación.

Sus órdenes debían ser comunicadas por medio de campanas y de banderas de diversos colores, de modo que los obreros que no estaban al alcance de la voz pudiesen oír y obedecer.

La plaza del Vaticano cubierta de una muchedumbre compacta parecía estar empedrada de cabezas.

Sin duda debió presentar un espectáculo grande é imponente aquella inmensa reunión de hombres mantenida por la voluntad de uno solo tan inmóvil y silenciosa como si en lugar de un pueblo hubiese sido un pueblo de estatuas. El papa Sixto V desde el asiento elevado que ocupaba, miraba á sus piés aquella multitud sin voz en su presencia.

Por fin se dió la señal, comenzaron á trabajar las garuchas y las cuerdas, y la masa de granito principió á levantarse lentamente.

Fontana movió sus banderas, el papa se inclinó con curiosidad, los miles de personas que domina contienen su aliento, — un minuto, y el enorme monolito se alza en su puesto.

De repente resuena un chasquido de mal agüero, el obelisco se queda inmóvil un segundo y luego baja al-

gunas pulgadas; las cuerdas alojadas por la tracción ya no le sostienen. El papa frunce el ceño; Roma entera palidece. Fontana pierde su presencia de ánimo.

— ¡Agua! ¡Agua! gritó de repente una voz. ¡Mojad las cuerdas!

Fontana obedece á esta feliz sugestión; arrojan agua á las cuerdas, el cáñamo aflojado se contrae, los trabajadores se ponen con nuevo ardor á la obra, y en algunos instantes la majestuosa columna se queda en pié y se detiene ante aquella muchedumbre pasmada de admiración, como una prueba nueva y gloriosa de la audacia y del genio del hombre.

Aquel cuya oportuna intervención había hecho alcanzar tal resultado, era el capitán de un buque mercante llamado Bresca y natural de San Remo; probablemente en el curso de su vida de marino había observado en ocasiones semejantes la acción del agua sobre el cáñamo aflojado. Sea como quiera, á pesar del servicio incontestable que acababa de hacer, los guardias suizos que no conocían más virtud que la sumisión á su amo, ni otro crimen que la desobediencia, prendieron á Bresca y le llevaron á presencia del papa. La conocida severidad de Sixto V dejaba pocas esperanzas por la vida del capitán.

Felizmente, el buen éxito de la empresa en que tanto se había empeñado el papa, le dispuso á la clemencia con respecto al hombre cuya inspiración lo había salvado todo en el momento crítico.

Su Santidad recibió á Bresca con benevolencia y prometió concederle el favor que le pidiera, fuese cual quisiera.

El buen capitán pidió en primer lugar la bendición del papa, y en segundo el privilegio para él y sus descendientes de suministrar todos los años las palmas al palacio apostólico. El papa concedió por medio de un breve lo que le pedían, y además dió á Bresca el título y el grado de capitán en el ejército pontificio con el derecho de llevar el uniforme y enarbolar el pabellón papal en su buque. El breve del papa existe aun en poder de la familia Bresca, y el privilegio que concedía existe igualmente.

El doctor hizo una pausa y añadió:

— La historia ha venido justa, pues hémos aquí ya en el término de nuestro viaje. Entre esas dos montañas que se desvanecen á lo lejos, se extiende el valle de Taggia. Ese río que entra en el mar á cien pasos de aquí, es el Argentino, el orgullo de los habitantes de este valle, y de tiempo en tiempo su azote también, pues cuando ha crecido con los torrentes de la montaña, muge como un toro furioso y lo arrastra todo á su paso.

Dos minutos de marcha llevaron á nuestros viajeros á una plazoleta en donde se cruzan el camino de Taggia y el de Niza. Aquí les esperaba una carretela descubierta.

El camino que tomaron atravesaba unos olivares cuyas ramas reunidas por arriba formaban por encima de sus cabezas una bóveda de verdura.

— ¡Qué bonitos estudios para un pintor serían esos troncos retorcidos! exclamó Lucy; no he visto nunca una colección más pintoresca de árboles viejos.

— Digan lo que quieran, observó el doctor, sobre el efecto monótono de los olivos vistos en masa, no se puede negar á ese árbol considerado individualmente la variedad y la originalidad de la forma.

— No seguramente, respondió Lucy; por mi parte confieso que tengo un flaco por los olivos. Hablan á mi corazón y á mi imaginación. Me recuerdan el símbolo de paz que la paloma llevó á Noé; la selva movidiza de ramas de olivo que acogió á nuestro Salvador á su entrada en Jerusalem; el huerto donde oró y padeció...

Bajo la impresión de las santas ideas que se despertaban en su mente, Lucy se parecía en verdad á una de las divinas matronas que nos ha dejado el Guido.

Antonio no se sorprendió ya de la equivocación de Battista.

— Doctor, le dijo al cabo de una pausa, quisiera una de esas ramitas que cuelgan sobre nuestras cabezas.

Antonio se la dió, y ella se puso á examinar las hojas verde oscuro por un lado y gris plateado por el otro.

Poco tiempo tardaron en llegar á Taggia. Extraña ciudad es Taggia con su aspecto de la edad media, sus calles con bóvedas sombrías y arcos misteriosos y sus vistas al campo cubierto de verdura.

Lucy se sorprendía al ver el crecido número de maticos puentes de piedra que atravesaban las calles tocando de casa á casa, y que como la explicaba su cicerone, tenían por objeto proteger á los habitantes contra los terremotos.

Otra cosa que también llamaba mucho la atención á la jóven inglesa, era el descubrir de trecho en trecho sobre los escalones de las puertas platos de naranjas, de limones y de verduras sin nadie que los guardara.

Su sorpresa aumentó cuando supo que esas frutas y esas verduras estaban allí en venta; con efecto, el que necesita tal ó cual artículo, le toma y deja su valor que es de uno ó dos cuartos.

Este sistema comercial hizo reír al barón; quien observó, que aunque era muy ingenioso y económico, no podría plantearse en muchas partes.

Nuestros viajeros llegaron en seguida á una calle más ancha que las otras, donde un gran número de personas de todas clases, vecinos, sacerdotes, artesanos y jornaleros estaban reunidos en grupos, ó se paseaban bajo los arcos que reinan á cada lado.

— Este es el Pantano, exclamó el doctor Antonio, que es como si dijéramos la Bolsa y el Regent-Street de

los habitantes de Taggia. Aquí se hacen los negocios y aquí se pasean las personas de importancia. Ese militar alto es el jefe de los carabineros, una de las potencias de Taggia. Si permanecemos aquí algunos minutos más, no tardará en marcharse para extender un parte oficial diciendo que el doctor Antonio atravesó el Pantano á las cuatro y cinco minutos de la tarde en compañía de una señora y de un caballero extranjeros; suceso importante que llegará á noticia de mi amigo el comandante de San Remo antes de que el sol se halle en el ocaso.

— ¿Hablais de veras? preguntó Lucy; me parece imposible que nadie se ocupe en tales cosas.

— ¡Cómo! exclamó Antonio; ¿sir John no podría ser un general francés disfrazado que viene á promover trastornos en Taggia? Nuestra policía está siempre alerta para salvar de tales peligros al país.

Todos se quitaron el sombrero al pasar nuestros amigos, y más de un saludo afectuoso dirigido en particular al doctor, vino á probar que este se hallaba en país conocido.

Antonio hizo una señal á un jornalero alto y delgado y de cabello rubio, diciendo al mismo tiempo á Lucy: — Es el artista que hizo vuestro sillón, miss Davenne.

El jóven después de saludar á Lucy y á su padre estrechó la mano al doctor Antonio.

A este acto de familiaridad se dibujó en la fisonomía de sir John su gesto ordinario; es decir, solo una mitad, pues haciendo un valeroso esfuerzo, el barón logró suprimir la mitad restante.

Sin embargo, esta impresión desfavorable desapareció en breve ante el modo afable y respetuoso con que el jóven ebanista introdujo á nuestros viajeros en su taller, vasta sala donde hallaron á un mozo ocupado en modelar una cabeza.

— Ese jóven, dijo el doctor, tiene una afición loca la escultura; sin haber aprendido modela cabezas y hasta figuras de cuerpo entero. Está en visperas de ir á Roma, donde una familia rica y generosa de ese país le ha ofrecido pagar todos sus gastos, y mucho me engaño si el nombre de Salvatore Revelli no llega á ser dentro de poco un nombre ilustre en la república de las artes (1). Y este también, continuó el doctor, sin su obstinación en querer vivir en el Pantano, habría podido adquirir fama y fortuna. Pero enseñadnos vuestras obras.

El número de los objetos de arte no era grande; — ¿para qué aumentarle cuando los que estaban en el taller no hallaban compradores? — pero sin embargo, los que había eran suficientes para probar la habilidad y buen gusto del obrero. El todo se reducía á unos cuantos cuchillos de cortar papel, carteras ricamente labradas, y tres mesas de una ejecución admirable.

En una de ellas había una serie de personajes con los diferentes trajes de los habitantes de la Riviera; pero el trabajo estaba hecho con tal perfección, que Lucy no pudo menos de exclamar:

— Esa obra no es de un ebanista, es de un artista que no solo dibuja con perfección, sino que es un colorista de primer orden.

— Mi amigo, dijo Antonio, es acreedor á todo el mérito de la composición y de la ejecución, pero no hay otros colores en esas figuras que los de las maderas que las componen.

Lucy no sabía á qué atenerse, y sir John tuvo necesidad de añadir el testimonio de sus anteojos al de su propia vista, antes de admitir el hecho. En seguida ofreció comprar todo lo que le habían enseñado, sintiendo, dijo al doctor, que el surtido del ebanista no fuese más considerable.

Antonio y sus amigos se despidieron del escultor, que se confundía en acciones de gracias; y á la salida del taller siguieron todavía algunas calles, cuyas casas coronadas de terrados no presentaban en su cumbre mas que verdura y sol, en tanto que todo era sombra por abajo; hasta que al fin llegaron á un puente que estaba sobre el valle.

Enfrente sobre una cuesta muy alta estaba Castellaro dorado por los rayos del sol.

— ¡Qué brillante y qué hermoso! dijo Lucy; es el pueblo más bonito del mundo.

— ¿Pero no parece que está á punto de arrojarse al valle?

— Sí por cierto, repuso riendo el barón; preciso es que los que habitan las casas de delante tengan la cabeza firme.

A la mitad del puente vieron una columna de piedra con una Madona y una inscripción latina.

(Se continuará.)

### La vida interior en Argel.

Los tres dibujos que damos aquí á nuestros lectores son relativos á la vida interior de las familias indígenas que aun no han salido de Argel. Uno de ellos representa una casa morisca; algunos de sus habitantes están en la baranda de la galería que da la vuelta al patio interior por el primer piso y que naturalmente no se ve de fuera. Nada más triste que el exterior de una de estas casas; es una masa rectangular toda blan-

(1) Antonio acertaba. Revelli con la obra que expuso en Génova en 1849, se colocó de repente entre los jóvenes escultores que prometen más; la obra era un bajo-relieve representando un episodio de la vida de Cristóbal Colon y destinado al monumento que elevan á Colon los genoveses.



queada con ventanas pequeñas enrejadas. En uno de los lados hay una puerta baja y pesada, dispuesta de modo que cuando está abierta por casualidad, no se pueda ver nada del interior de la habitación desde la calle.

Pero si la morada del musulmán argelino no tiene nada de agradable exteriormente, en cambio su aspecto interior es muy distinto. Allí casi siempre un patio cuadrado al aire libre sirve para el recreo de la familia, al abrigo de todo ojo indiscreto. En el primer piso una galería semejante a la que se ve representada en parte en nuestro dibujo, reina á lo largo de las paredes interiores. En las casas lujosas el pavimento del piso bajo es de mármol, así como las columnillas de la parte baja y del piso principal. Añádanse á estos detalles algunos tiestos de jazmín, jarrones de flores y una fuente con un surtidor, y se tendrá una idea de esas casas, que me parece preferible en las regiones africanas á nuestro sistema de habitaciones. Y sin embargo, lo primero que hacen los europeos que se instalan en Argel es construir casas por el modelo de las francesas; cada día aumenta el número de estos incómodos cuarteles y disminuye el de las casitas moriscas. Ya se está viendo el momento en que no quedarán más en punto á moradas argelinas, que los edificios pertenecientes al Estado y que este pone á disposición de los altos funcionarios.

Como la casa morisca era la morada de una familia única, las había de todas dimensiones según la posición de fortuna de los interesados; pero era preciso que estos fuesen muy pobres para que su habitación no presentara algún detalle gracioso, recuerdo del arte árabe. Siempre era incompleto; el conjunto dejaba mucho que desear, y las reglas prescritas por el arquitecto no estaban observadas, pero siempre la vista se recreaba agradablemente. En cada casa había una azotea donde la familia (menos los hombres), iba á tomar el fresco; esto es hoy imposible con las casas de seis pisos que se elevan por todas partes, y en las cuales cada ventana puede servir de observatorio á los curiosos.

Esta invasión de las nuevas habitaciones en perjuicio de las antiguas es inevitable, pues solo el terreno que ocupa una casa morisca vale más que el edificio, y el comprador se apresura á levantar un cuartel, como antes hemos dicho.

Si á esta dificultad procedente de la habitación se

reune el trastorno causado en las condiciones de la vida en Argel por la carestía de todos los artículos y las exigencias del trabajo tal como nosotros le comprendemos, se comprenderá por qué la población indígena va disminuyendo. Las personas que quieren hallar la razón de todo en las cifras, se han apoderado de este hecho

no se ha fijado todavía. Ya se han tomado medidas para propagar la enseñanza superior entre los musulmanes, y se trata de reanimar entre los indígenas el gusto tan pronunciado antiguamente por los estudios medicinales, sobre todo en las partes de esas ciencias relativas á la elección y al empleo de los vegetales. Esperemos pues que revivirán también las tradiciones del arte morisco en la arquitectura.

El gusto de los indígenas por todo lo que es pintoresco y gracioso en arquitectura, no se halla enteramente perdido; sería fácil reanimarle, y por consiguiente se producirían artistas distinguidos. Aunque la Argelia no sea la comarca favorecida por los vestigios del arte arquitectónico de los árabes, contiene sin embargo un crecido número de ellos tanto en Argel como en diferentes puntos del territorio, pero sobre todo en Tlemcen. Cuando se recorre el país no es raro hallar bonitos templetos de morabitos, fragmentos de mezquitas siempre en lo alto de algún cerro de suave pendiente que se armoniza con el paisaje. Continuamente obreros vulgares casi desprovistos de recursos elevan en honor de personajes religiosos ligeras construcciones agradables á la vista y que revelan precio-

particular de la estadística de Argel para tratar largamente de la degeneración árabe. La sensatez parece indicar que las bases de este razonamiento deberían establecerse sobre las observaciones hechas en las grandes ciudades enteramente musulmanas como Fez, el Cairo, etc., pero según lo que precede, ¿no podría suceder que en otras partes se desarrollara la población mahometana mientras en Argel tiende á desaparecer?

Hasta el día en todas las construcciones que se han emprendido ya por los representantes del Estado, ya por los particulares, nadie se ha ocupado más que de la utilidad, y aun esto es contestable, pues útil en los países europeos puede dejar de serlo en estos, en razón del clima. Generalmente los edificios que se construyen son pesados y feos; la línea recta y el ángulo derecho les dan un aspecto que no tiene nada de agradable á la vista. Es verdad también que en este y en otros puntos ha habido que satisfacer necesidades imperiosas. La instalación de las tropas y los establecimientos diversos que ella exige, las necesidades de las diferentes administraciones públicas y al mismo tiempo la guerra y las revueltas han tenido una parte considerable en las preocupaciones generales. En tiempos más tranquilos se fijará la atención en cosas en que



MUJERES MORISCAS EN EL INTERIOR DE SU CASA.



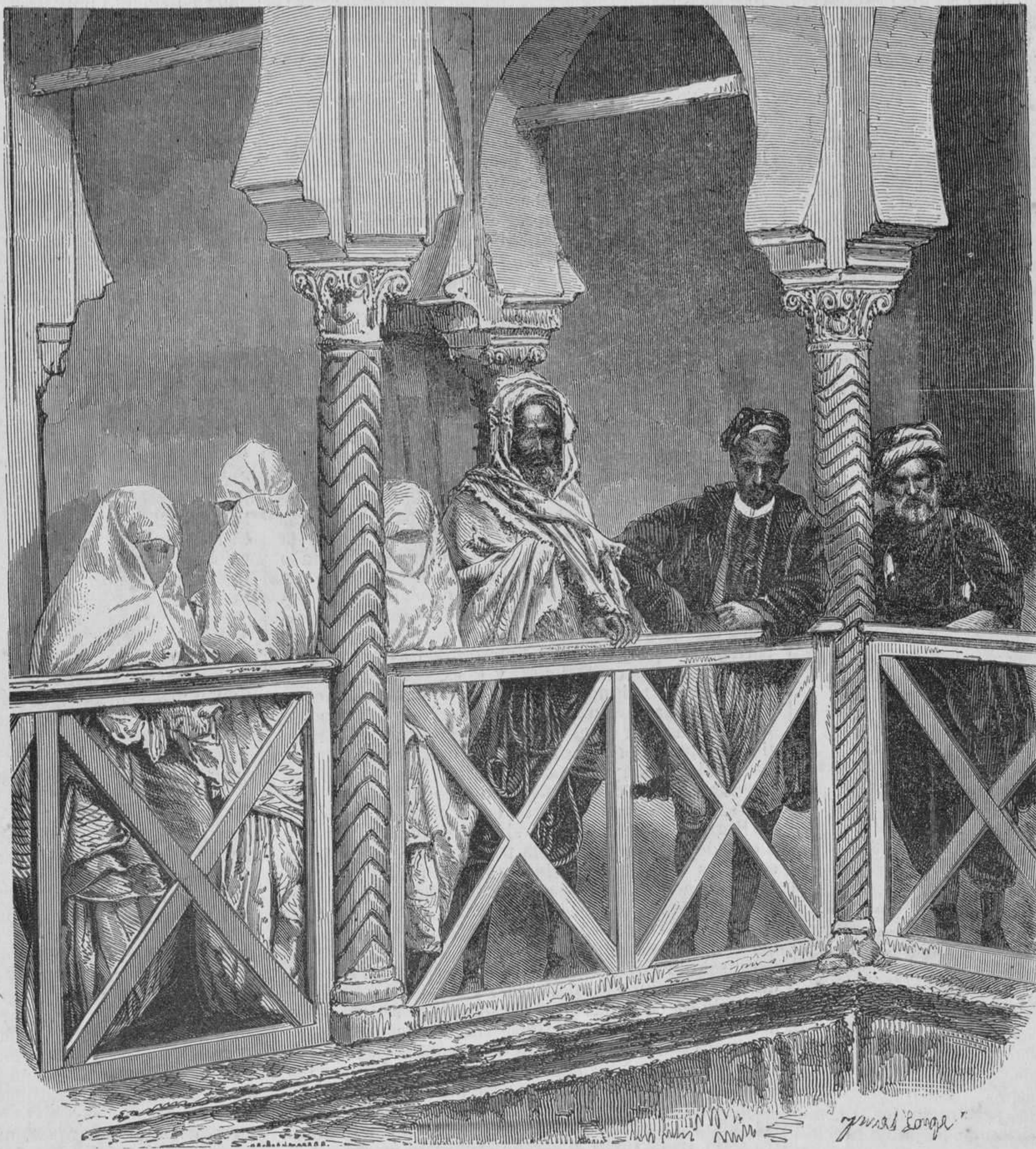
FAMILIA JUDIA EN ARGEL.



sas aptitudes. Por último, existen aun modelos muy admirados en diversos puntos del Africa setentrional en el extremo Oriente, y sobre todo en Córdoba y en Granada, donde parece que el arte de los sarracenos llegó á su mas alto grado.

Se ha querido desterrar demasiado todo lo que es árabe, cuando por el contrario se deberían conservar muchas cosas que merecen ser conservadas. Uno de nuestros dibujos da una idea del traje elegante y sobre todo cómodo que usan las moras. Las telas son blancas ó de colores vistosos; se usan con preferencia los diferentes matices del encarnado. Debemos observar tambien que la mujer que fuma la pipa y que parece ser el ama de la casa no lleva mas que dos anillos de pierna, en tanto que las musulmanas llevan muchos mas, y así sucede que cuando andan un poco de prisa la agitacion de los miembros inferiores produce entre esos anillos, que por lo comun son de plata, un choque cuyo ruido es muy apreciado de los novios de la vecindad.

Diremos de paso que los musulmanes á quienes se representa como tiranos absolutos en su interior, no lo parecen mucho cuando se les ve de cerca. Así las mujeres han sabido hacer adoptar una porcion de costumbres que tienen por objeto atribuir el goce de la casa casi exclusivamente á las mujeres y á los niños, poniendo á los hombres



INTERIOR DE UNA CASA MORISCA EN ARGEL.

en varios cuartos aislados de donde no pueden salir sin prevenir de antemano á la familia.

Aquellos que han penetrado en las habitaciones musulmanas han podido notar el aire consternado que toma de repente el amo de la casa, si en conformidad á los hábitos europeos, los visitantes anuncian la intencion de recorrer los diferentes aposentos del edificio. El amo se apresura á llamar á un niño ó un criado y le confia un mensaje cuya respuesta espera antes de satisfacer aquel deseo. Entre tanto la familia toma varias disposiciones. El musulman que prescindiera de estas costumbres, tendria contra sí no solo á sus mujeres, sino á todas las de la casa, el ejército de madres, suegras, cuñadas, etc.

Las judías tienen vestidos menos anchos que las moras; las telas son por lo regular de color oscuro, costumbre que proviene aun del antiguo orden de cosas. Con efecto, bajo la opresion turca la raza judía no podia llevar telas de color claro, ni podia montar otros caballos que los bayos el *amarillo judío*, segun la expresion árabe, y con razon ó sin ella, ese caballo está depreciado en el pais, porque dicen carece de energia en el momento del peligro. Por último, la humillacion en ciertos pueblos llegaba hasta el punto, que un israelita que tenia que declarar en justicia contra un musulman debia prestar juramento cargado con una albarda. A pesar de esto no se halla en la historia



EL PALACIO MASSINGY, RESIDENCIA DE S. M. LA REINA DE DINAMARCA EN NIZA.



local una sola circunstancia en que esos infelices hayan sabido mostrar alguna energía, en tanto que los árabes protestaban cada año á costa de algunas cabezas, contra su indigno gobierno. En nuestros días, los judíos han sido elevados al nivel de los habitantes europeos de la Argelia.

F. H.

**En un album.**

(H. W. LONGFELLOW.)

Tú vas hácia una orilla  
Desde donde yo vengo,  
Lo que tú buscas ahora  
Es ¡ay! lo que yo dejo.

Tú vas á ver un alba  
Que baña de oro el cielo,  
Y yo á ver un sol triste  
Que ya se está poniendo.

Tú vas á sembrar flores  
En fértiles terrenos,  
Yo voy á alzar mi tienda  
En áridos desiertos.

Vas á lanzar tu barca  
Sobre un océano inmenso,  
Vas á aplicar al labio  
La copa de los sueños.

¡Que duerma entre las velas  
La cólera del viento,  
Que amor rompa las ondas  
Al golpe de sus remos!

¡Que como yo no tengas  
Que suplicar al cielo!  
Que encuentres ¡ay! almibar  
Donde yo hallé veneno.

**Las sombras.**

ELEGIA.

¡Oid! — Ese suave acento,  
Ese solemne murmullo  
Es el canto de la tarde,  
Es la voz de los sepuleros.

Desde el seno de una estrella  
Envuelto en manto de luto,  
El ángel de los poetas  
A llorar desciende al mundo.

Los espíritus del lago  
Navegan en los nelumbios,  
Y abren sus alas de rosa  
A los céfiros nocturnos.

Arpa sonora del monte  
La palma entona un susurro,  
Y al blando peso del ave  
Su ramo encorva el arbusto.

Por los cármes del río  
Vago pensativo y mustio,  
Y entre el follaje del bosque  
Blancas fantasmas descubro.

— ¡Ah! ¿quiénes son esos tristes?...  
Mis compañeros de estudio,  
Las sombras de mis amigos  
Que salen de sus sepuleros.

JUAN CLEMENTE CENEA.

**De omnibus rebus.**

El boticario don Anselmo Potingues, á quien todos ustedes conocen, no es el ser rancio, gótico, anti-progresivo, que se figura quizás el que solo lo juzga por su facha anticuada y estrambótica, y por su modo de vestir estafalarío y herético al punto de vista de los cánones de la moda. Debajo de aquel rubicundo y vetusto peluquín, que generalmente lleva puesto al revés, hierva y fermenta un seso en que buscan sus afinidades y se amalgaman muchos átomos de ideas fecundas; al través de aquellas gafas verdes, redondas, engastadas en media libra de hierro, brilla una mirada penetrante, observadora, que diariamente trasmite al seso una provisión de ideas nuevas; y cuando lo encontramos por las tardes dando su acostumbrada vuelta higiénica por la cuesta de Areneros, con aire desgavilado y capa roñosa, aquellos extraordinarios visajes que va haciendo, no son mas que las manifestaciones exteriores del poderoso mecanismo intelectual interior, que está activamente ocupado en moler ideas, en separar la harina del afrecho, en amasar la sustancia pura y nutritiva que ha de servir luego de pasto á su propia inteligencia, y á las de los que están en comunicacion con él.

La botica de don Anselmo guarda perfecta consonancia con las exterioridades de su propietario. Es una covacha oscura, de reducidas dimensiones, sin ventana á la calle, con un mostrador decrepito, que debió fabricarse con las maderas de los bosques que se arrasaron cuando se estableció en Madrid la capital de la monarquía, y con un par de bancos cojos, desvencijados, mugrientos, que gimen y chillan cuando uno se sienta en ellos, como si les remordiese la conciencia al recordar las muchas palabras ociosas, los chismes, los cuentos escandalosos que han oído en su larga vida, y á que han prestado la complicidad de su apoyo. Allí no se ven los productos de la farmacia elegante, pisaverde y pulera que ha inventado París, y que aspira á disfrazar los amargos tragos del arte de curar con el auxilio de las ciencias culinaria y confitera; allí no se encuentran esas píldoras cúralo todo que á fuerza de filantropía y de anuncios propaga su autor por todos los ángulos de la tierra; ni aquellos bálsamos, amigos de la humanidad, que deben su fama á la elegancia de los receptáculos en que se espenden y á la superioridad artística de sus tornasoladas etiquetas. En cambio todas las drogas que allí se venden, en frascos y botes chapados á la antigua, son legítimas y puras, y no las ha adulterado el ansia impaciente de un lucro infame.

Muchas y muy agradables horas suelo pasar en la botica de don Anselmo, contemplando la habilidad y destreza con que elabora sus compuestos, escuchando los pormenores y ocurrencias extraordinarias con que va comentando sus operaciones, y la explicacion con que ilumina nuestra ignorancia y nos revela los tesoros científicos que ha ido acumulando á fuerza de observacion y de estudio. En todas aquellas circunstancias domésticas en que la prudencia aconseja una ausencia breve del domicilio conyugal; cuando mi mujer tiene un ataque nervioso, ó cuando se levanta de mal humor porque se ha roto la silla-correo en la línea de Francia y no llegará el último figurín sino con un grave retraso, ó cuando llama á la modista para pedirle explicaciones sobre los errores inconcebibles de los últimos productos, ó cuando se halla en el período álgido del desestero, ya saben Vds. que pueden encontrarme en la botica, escuchando embebecido las científicas elucubraciones del sabio farmacéutico.

Un solo inconveniente suele anublar la satisfaccion que experimento en tales casos; y consiste en que don Gregorio ha descubierto esta tranquila y retirada madriguera, y suele presentarse con su capa parda, su sombrero calañés y un grave y solemne «alabado sea Dios,» á interrumpir la corriente de nuestros goees intelectuales con sus prosaicas pretensiones en favor de los aspirantes á meritorios. Pero cuando no parece este legítimo representante de la prosa mas vulgar de nuestro siglo, nada turba la serena atmósfera que rodea y en que respiran y viven nuestros sabrosos coloquios.

Ayer, sin ir mas lejos, mi mujer tenia revuelta la casa con motivo de ese bailecito íntimo á que pensamos convidar á Vds. para celebrar el triunfo de nuestras armas en Tetuan, y yo juzgué prudente buscar asilo en la botica. Don Anselmo estaba haciendo un sabio compuesto de diferentes sustancias, y segun costumbre, explicando con gran animacion los pormenores de su procedimiento. Un perfume suave, indefinible, desconocido, pero en que sin embargo descubríamos elementos ó reminiscencias de olores que nos eran familiares, impregnaba la atmósfera oscura de la reducida habitacion.

«Este es, decia don Anselmo, el gran triunfo de la ciencia en el ramo de que se trata. Hacer una amalgama vulgar, en que todo se confunde, en que resulta una masa informe, inexplicable y complicada, confusion de elementos heterogéneos, suma total borrosa de componentes que pierden su individualidad característica, es obra fácil para cualquier empírico de nuestra profesion. Pero hacer un compuesto científico en que estén, no solo bien escogidas, sino hábilmente equilibradas las partes, en que resulte un total compacto y homogéneo, sin que por esto los elementos constitutivos pierdan su individualidad, y en que el paladar ó el olfato, al saborear el conjunto, perciban tambien las partes de que se compone: este es el gran triunfo de la ciencia, este es el gran resultado á que hay que aspirar, esto es lo que no se logra sino á fuerza de tacto, inteligencia y estudio. *E pluribus unum*. Tal es el gran principio que sirve de norte á mi espátula.»

Tengo la mala costumbre de echarme á pensar por mi propia cuenta en semejantes casos. Mi imaginacion, como una bala mal dirigida, al dar en el blanco de las explicaciones de don Anselmo, en vez de caer al suelo aplastada, rebota y huye por un ángulo completamente imprevisto, y salta, y relincha, y se revuelca por espacios imaginarios sin freno y sin guia, sin límite y sin objeto.

¿Qué es, decia yo, la espátula de don Anselmo, sino aquella política doméstica que inauguró entre nosotros Isabel la Católica? ¿Qué son esas partes del sabio compuesto sino las provincias de nuestra España, con sus distintos hábitos y costumbres, con sus diferencias de idioma, ideas y trajes, y que en la larga elaboracion de tres siglos aun no han logrado refundirse en una masa compacta, única y homogénea?

Empíricos ha habido, y mas quizás en esta época que en ninguna de las anteriores, que han aspirado al ob-

jeto, felizmente imposible, de amasar y confundir todos estos elementos en una sustancia uniforme, inodora, incolora, sin vitalidad, sin las convenientes divergencias que la naturaleza da á todas las partes del cuerpo para que cada cual desempeñe sus funciones especiales: con un monótono nivel que nos reduciría á la vida mecánica y á la rutina desconsoladora del chino. Dios nos libre del nivel que siempre tiene que andarse por lo bajo. Procusto, en su singular manía niveladora, debió sin duda descubrir que era mas fácil nivelar cortando que estirando. Probablemente era para él problema de fácil resolucion cortar diez pulgadas de piernas á un hombre; pero de fijo, si lo intentó alguna vez, descubrió que era imposible estirarlo diez pulgadas.

Y tengo declarada una guerra tanto mas feroz á esos empíricos, cuanto que nos han traído esas ideas de Francia; y ya saben Vds. qué odio tan cordial profeso á los imitadores de su ralea. Pues es un bonito regalo el que piensan hacernos al traer á nuestra armoniosamente variada península ese sistema de absorcion que en Francia ha llevado toda la sangre á la cabeza, y que obrando como una bomba neumática en París, ha dejado exhaustas, vacías é impotentes todas las extremidades. Pues nada digo de esa terrible máquina centralizadora, peor que cuantas inventó la inquisicion, y que llaman administracion en Francia; esa máquina horriblemente uniforme, que se compone de ochenta y seis ruedecitas de carton piedra, todas vaciadas en el mismo molde, con una gran rueda de hierro en París, que suele descomponerse cada diez y ocho años, y que al descomponerse paraliza todo el mecanismo. Y ayúdeme Vd. á sentir si, como inevitablemente tiene que suceder, se apodera una sola mano del manubrio de la gran rueda central, y las pobrecitas ruedas de carton piedra no tienen mas remedio que seguir el impulso, so pena de volar hechas polvo si alguna se quiere detener, figurándosele que es algo mas que una unidad insignificante en ese correcto, despótico é inflexible mecanismo, que tiene una cabeza de hierro y piés de barro.

Pasemos el estrecho de la Mancha, si no le incomoda á Vd. demasiado el mareo, y comparemos este correcto mecanismo con el que el tiempo, los hábitos, las tradiciones y las necesidades han ido creando espontáneamente en Inglaterra. Allí no encontraremos la gran rueda central de hierro con las ochenta y seis ruedecitas uniformes de carton-piedra. Allí veremos un hacinamiento, confuso al parecer, como todo mecanismo que no entendemos, de ruedas de todo tamaño, de formas las mas excéntricas y todas de acero fino. La una desempeña las funciones de volante; la otra es la rueda catalina; la una es dentada; la otra sirve para la trasmision del movimiento. Cada una sirve para algo distinto de la otra, y todo ello forma un conjunto maravilloso, que reparte la vida por toda la superficie, que marcha con regularidad incansable y que no se paraliza nunca.

Así, decia un amigo con quien hice un viaje á Francia é Inglaterra, dejando á mi mujer en Madrid bajo pretexto de que íbamos á estudiar los últimos adelantos sobre fundicion de metales, con aplicacion á los que alguna vez dará nuestra mina; así podemos comparar á Francia á un reloj de grosero mecanismo, que se para y necesita una prolija compostura cada vez que hay que darle cuerda, vulgo progresos y reformas; mientras que Inglaterra es un cronómetro tan perfectamente compensado, que no digo cuando se le da cuerda, sino cuando se cae al suelo y se le rompe el cristal, y la descuidada doméstica lo barre con la basura, sigue andando impertérrito, y no pierde la mas pequeña fraccion apreciable de un segundo.

Por eso quiero yo que formemos nuestra amalgama peninsular por el sistema de don Anselmo y no por el método de los empíricos. Seamos, sí, cada vez mas españoles todos; formemos un conjunto compacto, de cuya unidad, homogeneidad y fuerza se aperciban las narices de Europa y del mundo entero; sin que por eso el vasco deje de oler á vasco, y el andaluz á andaluz, y el gallego á gallego, con tal de que se lave los piés, y el catalan á catalan; y que sea tambien *E pluribus unum* el lema de nuestra espátula administrativa.

Y por eso tambien entre otras razones, y lo digo con toda claridad y franqueza, aunque veo que fruncen el entrecejo mas de cuatro de mis amigos, soy yo partidario de la quinta, y muy especialmente desde que pasé de la edad en que entraba en suerte. Sí señor, lo repito, soy partidario del sistema de quintas para la recluta del ejército español. Hace pocos dias que recibí una carta de un primo que tengo en Asturias, en que se me queja amargamente de que á su hijo mayor le ha tocado la suerte de soldado, y me pide que lo ayude á redimirlo; y siendo hombre verboso y á quien sobra el tiempo, aprovecha la ocasion para repetirme todo lo que se ha dicho sobre la superior eficacia del soldado voluntario, y sobre la injusticia notoria de arrancar á los jóvenes del hogar doméstico para imponerles una profesion á que quizás no se sienten inclinados.

Concedido, eso y todo lo que Vd. quiera. Pero este es uno de aquellos casos en que las afecciones y los gustos y las inclinaciones particulares tienen que ceder al interés general. Serán los ejércitos permanentes, si Vd. quiere, un mal, aunque un mal inevitable; pero mientras que existan, hay que irles echando el aceite inevitable de la recluta; y entre todos los sistemas de recluta, á lo menos para nosotros, el de la quinta es el menos malo y el que menos inconvenientes presenta. Y luego contemple Vd. sus frutos bajo el punto de vista de la amalgama nacional de que íbamos hablan-



do. El licenciado catalán vuelve á su pueblo para ser otra vez catalán; pero lleva ideas de Castilla, y de Asturias, y de Galicia; ha tomado un baño de España, ó inocula en su pueblo las semillas de nacionalismo general que ha recogido en sus peregrinaciones por la península.

La ferocidad de su acento se ha amansado con las armoniosas inflexiones de la lengua castellana. Su exclusivismo provincial ha ensanchado sus antes estrechos horizontes. Antes era catalán puro; hoy, sin dejar de ser catalán, es también español; y cuando se tiende á descansar de sus peregrinaciones, voy hablando en lenguaje figurado, el colchón en que reposa es España, y la manta que lo cubre su provincia. No es más que una gota en el aparato hidráulico, que va perforando poco á poco la peña de las preocupaciones que nos separan; pero esa gota, repetida y constante, acabará por abrirse paso al través de las mas duras peñas.

Y ya que de ejército vamos hablando, ¿qué ceguera intelectual es esa que aun no ha permitido á nadie ver el poderosísimo instrumento de civilización que en él poseemos? Muchas veces, al ver al soldado bostezando á la puerta de sus cuarteles, ó jugando al cané, ó concurriendo á las tabernas, ó llevando el tributo de sus adoraciones á los piés de las ninfas que purifican nuestras ropas en el blando y húmedo oleaje de arena de nuestro celebrado río, he exclamado involuntariamente: ¿porqué no se aprovecharán esas largas y penosas horas de ocio de la vida de guarnición, para desarrollar la mente y amueblar con útiles conocimientos la clara y dócil inteligencia de nuestro soldado? Si yo fuese ministro del ramo, cada regimiento sería una escuela voluntaria, en que el soldado recibiría una educación, que ni está ni puede estar nunca fuera de las filas, al alcance de la clase á que pertenece.

No quiero decir que le enseñaría el cálculo diferencial, ni que le guiara por el intrincado laberinto de la filosofía alemana, ni que le haría penetrar los oscuros misterios de la ciencia geológica; pero le daría un modesto caudal de lectura y escritura, una pequeña provisión de geografía y una moderada iniciación de aritmética, tesoros desconocidos que llevaría á su pueblo para honra y provecho suyo y de sus convecinos.

¡Veinte mil hombres al año provistos de estos conocimientos, devueltos al trabajo y esparcidos por la superficie de España! Pues no es nada el capital intelectual que derramaría anualmente en el seno mismo de las generaciones futuras.

Y si el un ojo está ciego para no ver estas cosas, el otro no se quiere abrir para no encontrar en ese mismo ejército otro poderosísimo instrumento de rápido progreso y desarrollo en los elementos constitutivos de la riqueza pública. Dicen algunos economistas que una nación es tanto mas rica cuanto mayor es el número de sus necesidades, cada una de las cuales es un incansable aguijón que la estimula al trabajo. Pues siguiendo esta doctrina, devolvamos el soldado á su pueblo lleno de necesidades, que inoculará á sus convecinos, y que uno y otros tendrán que satisfacer á fuerza de ese sudor de la frente, que mil veces mejor que el guano, fecunda los frutos de la tierra y da á las naciones paz y prosperidad.

Que en vez de ese horrible pan de munición, coma el mismo pan que comen los duques y los capitalistas; que en vez de esos groseros potajes de tocino y garbanzos, se le dé la mejor carne que el país produzca; y que en lugar de la cuchara de palo y el rancho en pié, coma en su mesa con su mantel, sus platos, su cuchillo y su tenedor, como un ser racional y civilizado. Que costará muchísimo dinero; y ¿qué dinero puede invertir mejor el país, ni en qué le dará mas pingües réditos, que en las necesidades de bienestar, de comodidad y de civilización que de esta manera esparcirá por toda la superficie del territorio?

El bribón de mi sobrino, que por fin se fué á hacer la guerra al moro, y que á los pocos dias tuvo la inmerecida honra de recibir un balazo en la pierna izquierda, por lo cual sin duda me quedaré sin las prometidas monedas, me escribía que nada le habia llamado tanto la atención en el ejército como la inmensa popularidad de que entre el soldado disfrutaba la nueva ración de café. Y yo, que siempre ando á caza de datos y argumentos que confirmen y apoyen mis teorías ó extravagancias, si Vds. lo prefieren, dije para mis adentros: aquí tiene Vd. un nuevo elemento de riqueza que se está creando sin pensar en ello, y que producirá grandes frutos.

Lo que se necesita es que la ración de café se convierta en permanente. El soldado volverá á su pueblo con esta afición. La propagará rápidamente entre sus amigos y allegados. Crecerá en vastas proporciones el consumo del café y del azúcar, y calcule Vd. qué mal estómago le hará al ministro de Hacienda ver cómo crecen por estos conceptos los productos de las aduanas, y al país entero cómo florecen Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y cómo se estrechan los lazos que á aquellas posesiones nos unen por medio del cambio de productos con que tenemos que saldar la cuenta de los géneros que nos envían.

Ya veo que se están Vds. riendo de mí; ya les oigo decir con toda claridad: «Este hombre ha perdido la cabeza; ¡pues no nos quiere hacer tragar la enorme rueda de molino de que con unos granos de café va á crear bosques de mástiles en nuestros puertos, ríos de oro en nuestras aduanas, vastas acumulaciones de productos en nuestros campos!» Pero también veo que tienen Vds. ese defecto tan común en los españoles; el defecto de no querer dar tiempo al tiempo, de no comprender las leyes de la naturaleza, que siempre empieza

por poco para producir lentamente sus mas gigantescos resultados; de aspirar á plantar hoy el árbol y á poder ya saborear mañana sus sazonados frutos.

No lo comprendo en Vds., aunque lo comprendería en los que no hubiesen tenido ocasion de examinar una y otra vez, sin mas trabajo que el de abrir los ojos, los lentos y sabios procedimientos á que ajusta sus operaciones la naturaleza. Traiganme Vds. un habitante de la luna, donde no creo que haya robles ni encinas, y le enseñaremos uno de esos añosos troncos, gigantes de los bosques, orgullo de los reales sitios, que extendiendo en círculo sus celosales brazos, serian capaces de cobijar bajo su sombra la población de media provincia. Enseñémosle despues una humilde bellota, y expliquémosle cómo aquel estupendo monarca del reino vegetal estuvo algun dia encerrado en el estrecho recinto de su corteza. El asombro selenita creará sin duda que porque vivimos en un globo catorce veces mayor que el suyo, nos tomamos la licencia de burlarnos de su credulidad.

Pasemos de un salto á las regiones del Océano Pacífico, desembarquemos en una de esas islas de la Polinesia, que serán algun dia emporios de riqueza y de poder, y examinemos el procedimiento de su formación. Un insecto, imperceptible á la simple vista, pero encerrado en un átomo de concha tan dura como el coral, residia en el fondo de aquellos mares. Diariamente nacian y morian esos insectos en incalculables millones, y los muertos formaban capas sobrepuestas, que poco á poco y á fuerza de siglos, fueron acumulándose, hasta salir á la superficie del mar en forma de rocas vastísimas. Las aves marítimas escogieron estas rocas como punto favorable y seguro de residencia; á ellas traian, para devorarlos, los peces que cogian, y con sus despojos y otras sustancias, se fué formando poco á poco una gran acumulacion de restos animales.

El Océano, en sus dias de furia, auxiliaba eficazmente la obra, arrancando de las profundidades de su seno masas enormes de vegetación, que lanzaba sobre la nueva isla. El sol pulverizó todas estas sustancias, el viento las mezcló y las revolvió y las lluvias las amasaron, convirtiéndolas en una espesa capa de tierra vegetal. Ese mismo viento trajo en varias ocasiones distintas semillas de otras islas y continentes. Las corrientes del mar, auxiliadas por las leyes de la atracción, trajeron coacs y diferentes clases de frutas, que se habian desprendido de los árboles en otras islas y caido en el agua. Todo echó raíces y todo prosperó en aquella tierra virgen, y la muerte y la reproducción alternativa de la vegetación aumentaron rápidamente las capas de tierra. Un dia llegó por aquellos parajes, extraviado de su rumbo, un buque inglés. Doscientos años há habria sido un buque español. El capitán bajó á tierra, plantó en ella la bandera de su bote y tomó posesion en nombre de su soberano.

A su vuelta á Lóndres se formó una sociedad de capitalistas, se reclutó una falange de colonizadores y se estableció un pequeño pueblo en la isla. A los pocos años ya habia allí iglesias de distintos cultos, parlamento colonial, bancos de emision y descuento, periódicos de varios partidos, cárceles, horca; en fin, todo lo que constituye un pueblo civilizado. ¡Y todo esto fundado y sostenido sobre el cementerio de un insecto microscópico!

Al llegar aquí dió un crujido el banco en que me hallaba sentado, como diciendo que esto era ya abusar de su paciencia. Despabiléme y noté que don Anselmo habia dejado sobre el mostrador, abierto y exactamente debajo de mis narices, el frasco del opio; y huyendo de comunicar á otros los efectos de sus influencias narcóticas, tomé la capa y dije: punto.

L. A. CÓNICO.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Las carreras de caballos en la Marche. — Escasez de novedades en punto á modas de hombres. — Gran baile de trajes en casa del general Fleury. — Enumeracion de varios disfraces. — Una griseta Pompadour con diez adoradores. — Descripción del figurin de este número que representa dos trajes de calle y uno de soirée.

Se principia á tratar de las carreras de caballos de la primavera, que como de costumbre, tendrán lugar en la Marche; si el tiempo es bueno, allí se ven siempre las primeras modas de la temporada. ¿Sufrirán este año alguna transformación las modas masculinas? Hasta aqui no sé que se haya cambiado nada el largo del talle de los fracs ni de las levitas de primavera; los faldones son mas bien largos que cortos y tienen poco vuelo. Únicamente hay modificaciones en los chalecos. Se hacen derechos, de cuello alto y poco abiertos sobre el pecho. Es la sola novedad que se conoce. No se abandonan por esto los chalecos de chal redondo: en cuanto al chal cruzado está desterrado completamente. Los pantalones se ensañan un poco por abajo y caen sobre la bota sin trabillas.

Hé ahí las únicas noticias que tengo: son bien escasas; en cambio cuando trato de modas femeninas la materia sobra. Acordemos algunos recuerdos á los últimos bailes de carnaval. Ha habido rivalidad entre el baile de M. Fould y el del general Fleury: no sé quién ha ganado: lo cierto es que los dos han estado brillantísimos. Hablaremos del baile del general, porque ha sido el último.

Los aposentos del caballero mayor del emperador se habian dispuesto de la manera mas ostentosa para esta fiesta. Esas habitaciones forman parte de las construcciones del nue-

vo Louvre. La entrada en el patio principal estaba adornada con cuadros transparentes, y en medio del patio habia una orquesta cuyos músicos llevaban el traje del tiempo de Luis XV. Este es el alegre prefacio de un bonito y brillante poema de carnaval que principiaba al pié de la escalera. Dos alabarderos anunciaban á las personas pegando en el pavimento con las alabardas. A esa señal la orquesta acompañaba al convidado hasta el descansillo del piso principal, donde se hallaban para recibirle los señores de la casa.

El general Fleury, con un magnífico uniforme encarnado del tiempo de Luis XV, y su señora también con un traje de la época, recibian á los convidados á la entrada de los aposentos, que habrian podido tomarse por un palacio encantado habitado por las hadas de la fantasía y de las flores.

Para este gran baile de carnaval se dispusieron rigodones históricos; del tiempo de Luis XV; — de postillones y de flores. La jóven princesa Clotilde Napoleon vestida de rosa, dirigió el cotillon con la jóven princesa Murat.

Quiero olvidar los preciosos trajes femeninos que llevaban las reinas de la elegancia y de la moda, para no ocuparme mas que de los trajes de los hombres.

El príncipe de la Moskowa vestia de oficial alemán del tiempo de Federico el Grande.

El marqués de Toulangeon de marqués antiguo.

El conde de Drumond de coronel húngaro.

El marqués de las Marismas de trovador.

El conde de Niewerkerke con traje de Enrique IV.

M. Visconti de mosquetero Luis XV.

M. Lambert de aldeano húngaro.

El señor Errazu de mejicano: traje hermosísimo.

Una preciosa griseta Pompadour que llevaba una falda de tul rosa llena de flores, con corpiño de raso azul y una redcilla de oro en la cabeza, divirtió mucho á los jóvenes que habia en el baile. Tenia un pié muy diminuto encerrado en botitas de raso color de rosa, y bailaba admirablemente. Los hombres la encontraban adorable y las mujeres rabiaban de celos.

— Bonita griseta, decia uno, ¿cómo te llamas?

— Juanita, para servirte.

— ¿Quieres darme tu corazon?

— Le he dado ya; pero puedo recuperarle para ofrecérselo.

— ¿Eres fiel?

— Como el capricho.

— ¿Cuánto tiempo me amarás?

— El tiempo que gaste en decirte.

— ¿Dónde podré verte?

— En mi palacio de la avenida Montaigne, mañana á las dos.

Al dia siguiente del baile diez coches se paraban á la puerta del palacio designado, y se apeaban de ellos diez jóvenes, que todos se echaron á reir al verse.

— ¿Adónde vas? ¿adónde vamos? exclamaron todos á un tiempo.

— A casa de la griseta.

— ¡Diantre!... La aventura es graciosa... Diez caballeros, como en las novelas de Dumas.

Llamaron, y fueron introducidos todos en una vasta sala de armas adornada con armas de lujo y guarnecida de cigarros á guisa de canastillos de flores.

Muy luego entró un jóven vestido de bata.

— Caballero, le dijo uno de los diez visitantes, ¿quereis decirnos dónde estamos y á quién tenemos el honor de hablar?

— En casa de M. R..., ó mejor dicho, estais en casa de la griseta Pompadour, que os dió una cita para agradeceros vuestros homenajes, y que os ofrece francamente su amistad.

Y al decir esto, M. R... entreabrió su bata y se mostró con su bonito traje de griseta Pompadour.

La anécdota es histórica.

Mientras llegan á nuestra noticia las novedades de la Marche, hé aquí la descripción del figurin que acompaña á este número:

El primer personaje lleva una levita á la Dorsay. Los delanteros van de una pieza con los faldones; el cuello es bajo y estrecho por detrás; las solapas van cerradas con cinco botones; las mangas anchas por arriba son también bastante holgadas por abajo.

Para la estacion de verano los sastres á la moda tienen intencion de volver á poner bocamangas. El chaleco es derecho y de cuello alto. El pantalón gris cae redondo sobre la bota.

El segundo personaje viste de soirée, traje que sirve también para visitas y para el Teatro Italiano. Lleva un frac de paño negro que no se abotona, y que deja á descubierto un chaleco de valencias ó de moaré blanco, bordado de guirnaldas y de chal un poco abierto. El pantalón negro de una anchura ordinaria cae redondo sobre unos zapatos de charol con lazos. Los accesorios de este traje son bonitas medias de seda blanca, una camisa fina, una corbata de batista con las puntas bordadas y un cuello postizo bajo y derecho. Guantes de color de paja y capa O'Donnell en el brazo.

El último vestido tiene mucha relacion con la levita Dorsay. Es la misma prenda vista por detrás. Chaleco acolchado castaño y negro. Los elegantes llevan las corbatas en armonía con el chaleco. Es una novedad del dia. Algunas corbatas de tafetan blanco bordado de oro se han visto este invierno en algunos salones aristocráticos, pero esto es demasiado presuntuoso.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### Los enganches suizos para el ejército del papa.

En Bregenz es donde se hacen mas enganches para el ejército del papa. Bregenz se halla á la orilla del lago de Constanza en la frontera de la Suiza. La Baviera





CONVOY DE VOLUNTARIOS SUIZOS DESTINADOS AL EJERCITO DEL PAPA EN EL PASO DEL FINSTERMUNZ EN EL TIROL.

el gran ducado de Baden, y hoy el Austria, suministran voluntarios igualmente á los Estados romanos. En cuanto han firmado los reclutas, pasan á Meran con pabellon suizo, y recorren ese camino, que es de ochenta y seis leguas, en largos carros con tiros de tres caballos robustos, á menos que la nieve no les obligue á ir en trineo. El trayecto se efectua en tres dias, aunque el camino es muy malo, y las cuestas demasiado escarpadas hacen que los reclutas tengan que apearse. El paso del Finstermunz, que se ve representado en nuestro dibujo, es un camino recién abierto en la peña viva. Por espacio de una legua se ven rocas inmensas sobre el camino: allí murió hace tres años el hermano del rey de Sajonia.

El trayecto se hace con facilidad en el invierno, porque el camino está cubierto en los puntos por donde pasan las avalanchas con mas frecuencia. El viajero se encuentra así al abrigo del peligro. Este camino es el único que amenaza al Austria por el lado de la Suiza, y así es que está defendida por dos ciudadelas impon ntes, una de ellas edificada en la roca en el paso de un desfiladero muy estrecho. Aun se ven las señales de las obras avanzadas que el Austria hizo ejecutar cuando la guerra de Italia, temiendo una invasion suiza. De Meran, donde se aumenta el contingente de los voluntarios suizos con otros enganchados procedentes de Inspruck, los envian á Trento, y de allí por el ferrocarril á Venecia. Luego van

á Roma por mar. En la época en que el Austria ocupaba aun la Lombardia, los convoyes eran dirigidos por Milan y el centro de la Italia.

G. J.

#### El teatro de Carrera en Guatemala.

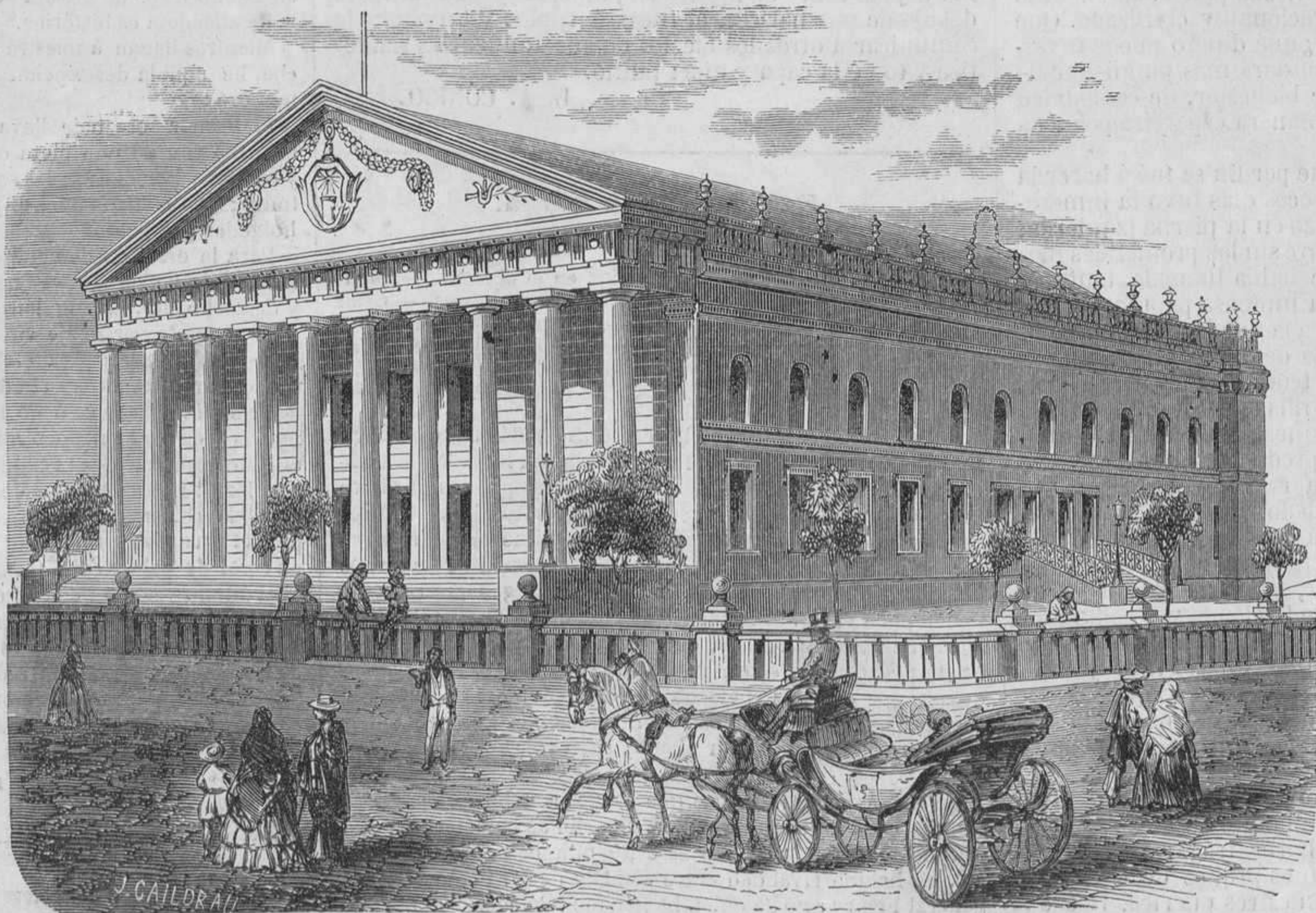
Desde hace largo tiempo los habitantes de Guatemala deseaban tener un teatro en armonía con la importancia de su ciudad, donde se habia suplido siempre

de un modo imperfecto la ausencia de un local suficientemente cómodo y espacioso para las representaciones dramáticas. El público, á pesar de su afición al teatro, se privaba de asistir á las funciones, muchas veces por la incomodidad del local en que estas se daban.

La necesidad de remediar este estado de cosas llamó naturalmente la atención del gobierno, que ordenó la construcción del nuevo edificio cuya vista ofrecemos á nuestros lectores. Situado en el centro de una gran plaza y rodeado de una balaustrada á la orilla de un hermoso paseo, el nuevo teatro de Guatemala presenta por su posición un aspecto agradable de que carecen otros edificios que tienen construcciones á los lados.

Este hermoso monumento así como el paseo que embellece hoy la Plaza Vieja, han convertido en uno de los puntos mas interesantes de la capital un barrio que hace algunos años era un conjunto de ruinas y de escombros; el edificio y el paseo han costado 115,000 pesos; esta suma se ha sacado sucesivamente por medio de empréstitos en conformidad á las prescripciones del gobierno cuando hizo la concesion en 1852. En la construcción del teatro se han empleado durante cerca de siete años muchos artesanos y trabajadores, lo que prueba, á pesar de la belleza del monumento, que las construcciones no van tan de prisa como en Paris.

J. DEL. P.



EL NUEVO TEATRO DE CARRERA EN GUATEMALA.